octavio paz:
poética e identidad

Fidel Sepúlveda Llanos — Luis E. Cecereu Lagos

*Coleccion Aisthesis *

10(786-36)

octavio paz:
poética e identidad

Fidel Sepúlveda Llanos
Luis E. Cecereu Lagos

La publicación de ese estudio ha sido posible gracias al apoyo de Conicyt, a través del Concurso Fondecyt 1991

12 COLECCION
AISTHESIS 1993

INSTITUTO DE ESTÉTICA
Facultad de Filosofía
Pontificia Universidad Católica de Chile

INDICE

FIDEL SEPULVEDA

Octavio Paz: *El Arco y la Lira* y *El Laberinto de la Soledad.*
Estética e identidad

I. El discurso estético e identidad
1. Presencia 9
a) Presencia y sentido 10
b) Presencia y símbolo 11
2.Ausencia 12
a) Ausencia y desambitalización 13
b) Ausencia de lo otro 14
II. El discurso estético de Octavio Paz 15
III. Incursión en *El laberinto de la soledad* 24
IV. Raíces de lo humano 35
V. Encuentro e identidad en América 44
Notas 54

LUIS CECEREU

Octavio Paz: *Vuelta* y *Arbol Adentro.*
Poética y poesía

I. *Vuelta* 61
1. La Rosa de los Vientos 63
Este y Oeste, Norte y Sur 68
Y en tu pupila nace todo el cielo 69
2. Estancia de caminos 72
Itinerario de soles 73
Una espiga es todo el trigo 76
Espacio sin orillas 82
Fijeza del instante ensimismado 86
Encrucijadas de viento 88
El agua sobre los párpados 90
Entre alas de piedra 95
3. Las palabras y la noche 102
Desnudando semillas 104
Nocturno 1 110
Nocturno 2 113
Nocturno 3 115

Nocturno 4 118
II. *Arbol adentro* 119
El centro, la muerte y su sombra o su luz 121
El yo frente a sí mismo 129
Y frente a la persona amada 140
El yo ante los otros 156
Y entre ellos 162
Notas 167
Bibliografía 170

PRIMERA PARTE

Octavio Paz: *El Arco y la Lira* y *El Laberinto de la Soledad.* Estética e identidad

FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS

I. EL DISCURSO ESTETICO E IDENTIDAD

1. PRESENCIA

La presencia es un modo de estar del ser. De acuerdo al estatuto ontológico de los seres se articulan los modos de presencia, los que están determinados por una relación de inmediatez y distancia.

La inmediatez es necesaria en toda presencia. El acceso al ente, si se mira desde el sujeto, o el ingreso del ente, si se mira desde el objeto, parten de la base de una cercanía que es proporcionada por la inmediatez.

Pero ésta, para ser tal y no fusión en lo otro, requiere de una distancia, que posibilite la distinción, "el entre" entre ente y ente.

Importa precisar que las relaciones "de inmediatez" y "distancia" no son meramente espaciales. Puede haber inmediatez física, espacial y haber ausencia de algo, si se da la indiferencia y, de otro lado, pueden mediar miles de kilómetros y haber presencia efectiva entre dos realidades entrañables.

Precisamente, a medida que se asciende en el estatuto ontológico de los seres, la tempo-espacialidad pierde vigencia y va siendo sustituida por modos de ser que sobrenadan la materialidad del espacio y del tiempo que prima en las categorías inferiores de la escala ontológica.

Por ello es posible registrar la presencia efectiva pero inmaterial de una realidad ausente, considerada desde la perspectiva de la espacio-temporalidad contingente.

La presencia como "estar en" es autodespliegue, "autopatentización" del ser. De la interrelación mutua de cada forma de inmediatez con cada forma de distancia, surge un modo específico de presencia. El "estar en" no se logra sino mediante un "estar con". La autorrevelación del yo, en su caso, no es posible sino a través de la relación con el otro, con otro yo. "No es la separación lo que nos redime verdaderamente del 'Ser' sino la unión genuina", dice Buber, comentando la filosofía heideggeriana.

En la cercanía que procura la estima, el amor, se logra la comunicación auténtica, que engendra la comunidad que se nutre del "común", que es la relación participativa de los diversos individuos: "en el 'nosotros' rige la inmediatez óntica que constituye el supuesto decisivo de la relación yo-tú", sigue Buber, quien señala para la relación humana que "la presencialización del otro (se da) no en la mera representación, ni tampoco en el mero sentimiento, sino en lo hondo de la sustancia, de suerte que, en lo recóndito del propio ser, se experimenta lo recóndito del otro ser; una co-participación de hecho, no meramente psíquica sino óntica"[1].

El campo de libre juego que exige desde adentro el ser de cada realidad no puede actualizarse sino mediante las otras presencias que exigen y estimulan sus potencialidades y latencias. El entorno es una "provocación" a la pasividad cuando se está en una realidad relacional que urge al despliegue de un "ser-con".

Esta presencialización exige, conjuntamente con el "contacto" estimúlico, la distancia que facilite el espacio para el desarrollo, para que la apelación sea respondida con "personalidad" y no con mera resonancia de eco que generará una inmediatez absorbente.

Una relación proporcionada a la peculiaridad de los seres relacionados, posibilita la emergencia de auténticas presencias que van generando un dinamismo abierto, campal, que va poblando la ausencia, lo informe. El ser se encuentra consigo cuando se encuentra con lo otro en un modo de relación como de círculos concéntricos que abarcan e integran cada vez más mundo, más horizonte, más intensidad y más amplitud. Por este camino el ser instala en la realidad una presencia más densa e irradiante.

a) Presencia y sentido

La presencia es un modo de existencia con sentido. La despresencialización opera precisamente como un proceso de despojamiento de sentido. Sentido es un modo de relación integradora de algo con lo otro, un modo de presencia que vincula y otorga coherencia a realidades, sin esto, ajenas, extrañas, entre sí. Es una realidad inmaterial que posibilita a los seres el encuentro en un orden y jerarquía.

En esta perspectiva, el sentido es una presencia nutricia, la matriz de las presencias particulares. Cuanto más amplio y profundo es el sentido, más entrañadas y difusivas aparecen las presencias de los seres individuales o de sus sistemas o constelaciones.

He aquí un tipo de presencia que tiene la apariencia de una ausencia porque no está en ninguna parte. No está en ninguna parte concreta porque su modo de "estar en" es inmaterial, o mejor, transmaterial.

Es postulable que, desde estas premisas, la auténtica presencia, la que denota la situación y función de algo, deriva de la presencia de un sentido, al señalar situación y función se está apuntando al perfil de la realidad como dinámica, como haciéndose en cada instante, como metabolizando espacio y tiempo, como acontecimiento. En este aspecto, el sentido también siempre se está haciendo, consolidándose o desdibujándose y, consecuentemente, las presencias aparecen en situación de emergencia y evanescencia, como dialéctica entre el ser y la nada, la coherencia y el caos. De aquí la intermitencia de presencia y ausencia que delata la realidad entorno. Intermitencia y, consecuentemente, ambigüedad. Borrosidad, nebulosidad, dilusión, disolución es la más

normal apariencia de la realidad porque se está permanentemente entre el ingreso y regreso del sentido en el mundo. Hay un perpetuo desplazamiento de la realidad entre la inmediatez y la distancia que obsta a la fijación de una línea de sentido de ahora y para siempre, diacrónica y sincrónica.

b) Presencia y símbolo

Conexo con el sentido está el símbolo, cuya presencia contribuye a resemantizar una realidad, resemantización que conlleva una instalación de la realidad en una inmediatez y distancia diferentes de las habituales.

La realidad sensible, concreta, simbolizada es acogida en un modo de presencia privilegiada, en que toda su condición sensible se revela, se irradia en una dimensión insólita y esto en virtud de que contrae relaciones nuevas que distancian las cercanías rutinarias y aproximan lejanías o ausencias habituales.

La realidad simbolizada es el mismo ser pero transfigurado, o sea, con otra presencia, o mejor, desde que simboliza es otro ser porque tiene "otras" relaciones que le otorgan "otra" presencia.

Se distancia de su *status* habitual de mero objeto, cosa, acontecer y pasa a transparentar, a presencializar, a inmediatizar una realidad lejana, inmaterial, ausente.

Lo inasible, lo inefable, o sea, lo impresenciable, por medio de las relaciones habituales del lenguaje, pasa a cobrar presencia refisonomizante mediante el proceso simbolizador.

El símbolo instaura otro orden, otro sentido y, por tanto, otro modo de presencia, de revelación de la realidad en sus infinitas proyecciones.

Desde esta perspectiva el símbolo posibilita la reivindicación por parte del mundo de su riqueza y hondura y misterio puesto que lo revela como inexhaurible.

El roce entre las realidades que se produce al acontecer lo simbólico, arroja chispazos de sentido que alumbran zonas que esas realidades habían mantenido hasta ese momento en la ausencia.

El símbolo es profundamente presencializador de las virtualidades de los materiales simbolizados que se manifiestan como habitantes de órdenes que su "currículum" habitual no nos había hecho sospechar.

Por esta vía se rompe en las cosas y en el hombre la tentación a la *inercia unidimensional despresencializadora.*

La presencia repetitiva, esclerotizada, deviene ausencia por desposesión paulatina de atributos, de sentido, por no apelar ni ser apelada y ser llevada, por ello, a formas inferiores de entidad.

La aparente ausencia de lo inmaterial, mediante el símbolo se da a conocer como *presencia iluminadora, redefinidora de órdenes y sentidos.*

Por esta vía del símbolo, y todo arte verdadero es símbolo, es posible entrar a considerar la posibilidad de la presencialización de lo profundo, visto normal-

mente como lo inaccesible desde el punto de vista del sujeto, o como lo renuente a la manifestación, desde la realidad investida de profundidad.

Paradojalmente, las realidades profundas aparecen como las dotadas de mayores poderes de presencialización a condición de situarlas en los contextos adecuados, de restituirles las relaciones que desde ellas se originan y que una visión plana, superficial, se ha impuesto negarles. Aquí aparece el contrasentido, aparente, de que la ausencia sea en el fondo la proveedora de lo que aparece como presencia.

Una cantidad de presencias anodinas dejan de ser tales, cuando se las relaciona en hondura y amplitud. Esto implica una ruptura de la homogeneidad espacio-temporal de una visión positivista. Cuando ocurre esto, el mundo se puebla de hierofanías, como señala Mircea Eliade.

Acrece el espesor de la realidad, se entrevé un trasfondo, una sustantividad transmaterial que se exterioriza y se cela, se vela y se revela; intermitente, se entrega y se recata. Esta intermitencia de presencia y ausencia es síntoma de la intermitencia humana que se atreve y se inhibe de asumir responsablemente una presencia que, *inventando, revelando el sentido del mundo, descubre y crea su propio sentido.*

Y volvemos al principio. Ser y presencia se corresponden cuando "son" auténticamente y "estar en" es "estar con". Lo más caro al hombre es conquistar su auténtica presencia, su instalación dinámica en el mundo en relación con el otro y con lo otro, en inmanencia que no "es" sin trascendencia y viceversa.

2. AUSENCIA

La ausencia es un "no estar en" por la ruptura de la relación adecuada de distancia e inmediatez que sitúan al ser en el mundo. La distancia excesiva lo desvincula, lo vacía. La inmediatez excesiva lo anula. En ambos casos desaparece la relación y con ello se deterioran las posibilidades de existencia.

Se pueden dar ausencias del yo, por ejemplo, por la escisión de la personalidad que puede llegar a la desintegración cuando el alejamiento del sujeto consigo mismo hace que desaparezca el núcleo integrador de las diversas partes de su personalidad.

Un dinamismo centrífugo hace que las diversas facultades se proyecten, se fuguen a la autonomización, a su desvinculación, a su incoherencia. Intelecto, afectividad, sensibilidad, voluntad, se sitúan, entonces, en compartimientos estancos y entregan una presencia intermitente de dimensiones parcializadas que correlativamente son otras tantas manifestaciones de ausencias. La hipertrofia unidimensional de una de estas vertientes, a expensas de las otras, crea una apariencia de presencia que conduce al sujeto a una "no instalación" y a una "no situación" respecto de sí mismo y del mundo.

Sería posible señalar que la distancia del sujeto respecto de sí, consecuencia de la desvinculación de sus respectivas vertientes, complementarias todas, conduce a una situación anulatoria de la personalidad, ya que las otras vertientes, o quedan fuera del umbral de la conciencia, o son absorbidas y anuladas en las facultades presencializadas.

a) Ausencia y desambitalización

"Estar en" es "estar con" y esto supone la "respectividad" de que habla Zubiri. Para esto es necesaria la presencia de un centro integrador desde el cual postular la relación con los otros. Cuando se da la ausencia de este centro, o éste no es tal por un desplazamiento ilegítimo, se imposibilita la relación porque falta un polo de la respectividad. Al no ser para sí no se es, tampoco, para el otro, los otros. La ausencia de centro impide el ser para otro al "ausentar" un polo necesario de la relación. En otras palabras, *al no haber inmanencia no hay tampoco posible trascendencia, y sin ésta no es factible un auténtico despliegue del ser, que por precario, necesita estar, "ser", en comunidad, en y con los otros.*

La ausencia de sí, consigo mismo, trae aneja la ausencia de los otros, o sea, ciega la red de vasos comunicantes que nutren al ser.

Ocurre así la desambitalización comunitaria del individuo; el sentimiento de soledad testimonia este aislamiento de una atmósfera nutricia, potencializadora de la personalidad.

Pero también ocurre una desambitalización cosmológica, la ausencia de vínculos esenciales con el espacio y el tiempo.

La ausencia de sí impide el arraigo en un espacio determinado, y en el mundo en forma más general. Impide el poblar, el habitar, al no haber entidad receptivamente eficaz para acoger y responder a las solicitaciones y desafíos del entorno. La riqueza infinita de aportes que irradia la realidad circundante atraviesa al individuo sin encontrar en él resistencia ni respuesta, o desde la otra perspectiva, el sujeto resbala por la realidad sin percibir ni metabolizar las múltiples posibilidades de enriquecimiento y perfeccionamiento que lo otro le ofrece.

Ocurre así el desarraigo, el "no estar en" la tierra, mucho menos en el mundo, o sea, la ausencia.

La ausencia temporal se da por la no confluencia en el presente de las raíces de la tradición y la historia que posibilitan enclaves desde los cuales orientar el hacer individual y social y de los signos que se proyectan desde el futuro. Se da, así, el instante flotante, aislado, huérfano del arco del tiempo necesario para la proyección del comportamiento que empalme en la corriente social-histórica.

Ausencia del tiempo, en el tiempo, es de otra parte el anclaje en el pasado

que inhibe el registro y afincamiento en el presente y la evasión al futuro que desliza el ahora a un mañana que se prorroga y posterga indefinidamente y al que se confía la realización ilimitada de elaboraciones ideales, despojadas de toda factibilidad.

Encapsulamiento en el pasado, difuminación en el futuro, inhabilitación para el presente, son formas de ausencia temporal que confluye con la ausencia espacial a conformar una *desambitalización cosmológica*, otra forma de ausencia que segrega al ser, de lo otro.

b) Ausencia de lo otro

La ruptura con lo otro, sucede cuando el individuo proyecta sus relaciones desde una perspectiva cosificante de los hombres y de las cosas del entorno. Tal mirada "desanima" la interioridad del mundo. Registra lo objetivable, mensurable, y margina lo inobjetivo, metasensible, que rodea o "habita" lo circundante. Mediante tal operación el mundo se despresencializa, se desemantiza.

El ser es vaciado de su entidad específica y este lugar entra a ser llenado, valga la paradoja, por la ausencia. Así *se despuebla el mundo de sus presencias y se satura de apariencias*. Se implanta el reinado de los sustitutos, de los sucedáneos, del "como si" que se arma desde una relación entre lo meramente fenoménico. Entonces lo duro toma el lugar de lo sólido, lo oscuro el lugar de lo profundo, lo vago el lugar de lo infinito, lo complicado el lugar de lo sutil, la cantidad y la rapidez desplazan a la cualidad y a la intensidad. Se despuebla el mundo de lo misterioso, se lo cuantifica, se lo desfonda y opaca. Ocurre el relevo de la presencia por la ausencia, la presencia real es sustituida por la mera apariencia de presencia, o sea, por la ausencia.

Pero la presencia es más poderosa que este ánimo despresencializador y se filtra por infinitos resquicios y en determinados momentos del individuo o de la comunidad, inunda y anega el mundo. Son las intuiciones estéticas de los artistas, los impulsos épicos de los héroes, las iluminaciones éticas de los santos, las apetencias míticas de los pueblos.

Así la realidad se intuye como intermitencia de presencia y ausencia, como dialéctica de velamiento y desvelamiento, misterio y revelación, en que las presencias muchas veces no son sino ausencias y lo ausente reivindica el estatuto de la presencia.

Apurando esta aparente paradoja es posible concebir la realidad como un archipiélago de presencias rodeado por la ausencia en un anverso pero, en el fondo, aquella Ausencia, por sustentar y dar sentido a las múltiples presencias, *es la última y auténtica Presencia.*

Estas ideas, desarrolladas con cierta extensión, parecen útiles para entrar al análisis del problema del "estar" en América, uno de los aspectos importantes

del ser hispanoamericano. En efecto, es legítimo preguntarse si alguna vez el hombre americano *ha estado* verdaderamente en el continente, si realmente *ha sido*, si aquella tierra ha estado *habitada*, o si su estar ha sido sólo un accidente que le ha ocurrido al hispanoamericano y *frente al cual éste se ha rebelado de diversas maneras, revelándose de esta forma como un desterrado que aspira a retornar de su lugar accidental de poblamiento.*

Su patológica urgencia de imitación de hábitos individuales y sociales de otras latitudes pareciera indicar que más allá de la legítima apetencia de aprender de otros, la imitación ha sido una forma de enajenarse, de rehuir la obligación de elaborar, paso a paso, la identidad y sustituirla por el arbitrio rápido, cómodo, de adoptar modos de ser de otros. Pero esto es una forma de ausencia, de vaciamiento de la interioridad para quedar preso en el dinamismo interno o externo de otro.

La historia ha contribuido a facilitar esta tendencia. La colonia impuso un modo de ser dependiente. La independencia rechazó este modo de ser en la exterioridad jurídica pero la mantuvo e implementó en el fondo, al recurrir a la sustitución de un modelo externo por otro. Así ha ocurrido hasta la fecha, en que sólo han cambiado los modelos pero no el hábito de negarse a sí mismos de los hispanoamericanos para afirmar el modo de ser de otros, de los prestigios de turno.

Será difícil, si no imposible, localizar un momento en la historia de Hispanoamérica en que alguno de sus pueblos se haya auscultado en profundidad y de ahí haya emergido con un proyecto de ser que obedezca al imperativo de sus raíces. El arte y el ensayo hispanoamericano contemporáneo han concienciado este problema.

II. EL DISCURSO ESTETICO DE OCTAVIO PAZ

La visión del mundo interpela a la capacidad expresiva. La cosas del mundo, el mundo de cada una de estas cosas patentizan un modo de presencia, donde late, pulsa el misterio. La realidad está en la zona de frontera entre la mismidad y la otredad. Tironeadas por ambas, sin embargo, como nostalgia y utopía, buscan su unidad. Una unidad original proyectable a una unidad final.

¿Cómo significar esto complejo, inacabado, abierto? ¿Cómo ser fiel a su estructura y acontecer al decirlo? ¿Cómo decirlo para que sea lo dicho en lo dicho, en el preciso modo de decir que resguarde la unidad de lo acontecido?

Octavio Paz piensa en imágenes. Las imágenes lo hacen pensar. Le representan, le presentan las ideas. Las imágenes entran en relación; en estas relaciones ellas ordenan la visión del mundo al jerarquizar su mundo de vinculaciones.

Así, cuando piensa la Colonia y la República como períodos históricos, a Octavio Paz le acontece la emergencia de esta secuencia: "destruida la teocracia indígena, muertos o exiliados los dioses, sin tierra en que apoyarse ni trasmundo al que emigrar, el indio ve en la religión cristiana una madre. Como todas las madres es entraña, reposo, regreso a los orígenes; y, asimismo, boca que devora, señora que mutila y castiga: madre terrible. El liberalismo... afirma al hombre pero ignora una mitad del hombre: ésa que se expresa en los mitos, la comunión, el festín, el sueño, el erotismo... Eran ideas de una hermosura precisa, estéril y, a la postre, vacía. La geometría no sustituye a los mitos"[2].

El discurso realiza una cala en el tejido vivo del acontecer. Conoce esa realidad en su especificidad. La conoce al nombrarla. Y la nombra por imágenes. La religión es una madre. Ahora una madre es esto y lo otro. Pero esto y lo otro no se nominan en abstracto, sino que se dicen en tal forma que sean ahí, así como se dicen. Algo semejante ocurre con decir lo del hombre. En él hay una mitad que no se define conceptualmente sino por presencialización de los eventos simbólicos que lo encarnan. Hasta cuando el juicio es acerca de verdades universales, la estrategia discursiva halla materiales metonímicos con que hacer presente y latente lo conceptual.

En la misma línea le acontece a Paz la revelación de lo que ha significado para América el catolicismo y el liberalismo: "La fecundidad del catolicismo colonial residía en que era, ante todo y sobre todo, participación. Los liberales nos ofrecieron ideas. Pero no se comulga con las ideas, al menos mientras no encarnan y se hacen sangre, alimento. La comunión es festín y ceremonia"[3].

Es un discurso que se siente y se asume como encarnación. Por esto, cuando sube la temperatura, lo que se persigue llega de la mano de cierto tipo de imágenes. Ideas encarnadas, módulos expresivos de una zona del ser que cuando se presentan lo hacen representando lo suyo y lo de la constelación óntica a que pertenecen. Así, en el texto anterior, "comunión", "festín", "ceremonia". Palabras que son imágenes, que son porque así lo evidencia la alta capacidad de convocatoria de sus armónicos.

La idea no se siente dicha si no es a través de una presencia que la hace audible, visible, palpable, gestable. La idea está cuando ocupa un lugar, un tiempo, asume un gesto, participa en un hacer. Las ideas sienten y acogen el imperativo de revelarse y esto acontece liberando materia con qué manifestar el espíritu.

Este modo de concebir la escritura se puede ver en la presencia que hace de los templos mayas y cristianos: "Un templo maya, una catedral medieval, un

palacio barroco eran algo más que monumentos: puntos sensibles del espacio y el tiempo, observatorios privilegiados desde los cuales el hombre podía contemplar el mundo y el trasmundo como un todo. Su orientación correspondía a una visión simbólica del universo; la forma y disposición de sus partes abrían una perspectiva plural, verdadero cruce de caminos visuales: hacia arriba y abajo, hacia los cuatro puntos cardinales. Punto de vista total sobre la totalidad. Esas obras no sólo eran una visión del mundo, sino que estaban hechas a su imagen: eran una representación de la figura del universo, su copia o su símbolo"[4].

Leer este discurso es avanzar registrando el avance arduo a una cota de más alta y difícil claridad, precisión, sutileza. Todo esto puesto ahí para al recorrerlo, sentirlo; al sentirlo, comprenderlo: "No solo eran una visión del mundo, sino que estaban hechas a su imagen; eran una representación de la figura del universo, su copia o su símbolo".

Este modo de discurso al presentar a su objeto está haciendo también su autorretrato o su radiografía; el autorretrato o la radiografía de su estrategia escritural. Tema clave en este capítulo es el modo de ser, de ocurrencia de la prosa. Su estatuto ontológico y existencial. Octavio Paz ha teorizado sobre este punto, pero sobre todo ha trabajado esta área. Sus ideas han surgido al filo de un hacer. Su hacer le ha ido revelando sus ideas. Su hacer como escritura y como lectura. Partamos por esta última. Es clarificador lo que dice de la prosa española, a la hora de situar su ideal de escritura. "Por eso la prosa española triunfa en el relato y prefiere la descripción al razonamiento. La frase se nos alarga entre comas y paréntesis; si la cortamos con puntos, el párrafo se convierte en una sucesión de disparos, un jadeo de afirmaciones entrecortadas y los trozos de la serpiente saltan en todas direcciones. En ocasiones, para que la marcha no resulte monótona, recurrimos a las imágenes. Entonces el discurso vacila y las palabras se echan a bailar. Rozamos las fronteras de lo poético o, con más frecuencia, de la oratoria. Sólo la vuelta a lo concreto, a lo palpable con los ojos del cuerpo y del alma, devuelve su equilibrio a la prosa. Novelistas, cronistas, teólogos o místicos, todos los grandes prosistas españoles relatan, cuentan, describen, abandonan las ideas por las imágenes, esculpen los conceptos. Inclusive un filósofo como Ortega y Gasset ha creado una prosa que no se rehúsa a la plasticidad de la imagen. Prosa solar, las ideas desfilan bajo una luz de mediodía, cuerpos hermosos en un aire transparente y resonante, aire de alta meseta hecha para los ojos y la escultura. Nunca las ideas se habían movido con mayor donaire: "hay estilos de pensar que son estilos de danzar"[5].

Siendo el párrafo entero denso, iluminador, importa destacar algunos trazos con que perfilar su idea o ideal de escritura. "el párrafo se convierte en sucesión de disparos, un jadeo de afirmaciones entrecortadas". Lo que ha dicho de la prosa española, "triunfa en el relato y prefiere la descripción al razonamiento",

está puesto en práctica en su propia escritura. El recurso a las imágenes echa las palabras a bailar; acontece "la vuelta a lo concreto, a lo palpable con los ojos del cuerpo y del alma"; todos los grandes prosistas "abandonan las ideas por las imágenes, esculpen los conceptos".

Es lo que hace Paz: busca esculpir los conceptos, darles presencia, ponerlos en experiencia en la orilla de acá y en la de allá. En esa "otra orilla", solicitadas por la carnal polaridad "las ideas desfilan bajo una luz de mediodía, cuerpos hermosos en un aire transparente y resonante".

En estas frases Octavio Paz nos entrega su concepción, y la entrega en el discurso que corresponde: la visión. Después de esto uno entiende y asiente a esta aserción: "Nunca las ideas se habían movido con mayor donaire: 'hay estilos de pensar que son estilos de danzar'."

Esto está escrito desde la lectura y su evocación, pero también y más desde su escritura. La lectura ocurre de esta manera porque hay una práctica escritural que sensibiliza para ver-sentir-comprender-imaginar así. La escritura ocurre así porque hay una lectura de una escritura que patentiza que esto es posible. Lectura-escritura y viceversa nos plantean, mejor dicho, visionan, ensueñan un modo de hacer que es crear no una obra sino la vida. La palabra es vida, las palabras son vivas.

Siendo su idea o ideal de prosa el que hemos visto antes, no nos extraña que por más que haga denodados esfuerzos por articular un discurso de ideas estas terminan siendo desplazadas por otras presencias. Es ilustrativo que para definir al área de la prosa recurra a una figura que le represente simbólicamente: "La figura geométrica que simboliza la prosa es la línea: recta, sinuosa, espiral, zigzagueante, mas siempre hacia adelante y con una meta precisa". Definir por la vía del símbolo y simbolizar por una figura. Geometría liberada de su abstracción por la descripción, redescripción que se hace de la figura, que en este caso, deviene viva.

No es raro, entonces, que a poco andar precise lo siguiente: "Por obra de la imagen se produce la instantánea reconciliación entre el nombre y el objeto, entre la representación y la realidad. Por tanto, el acuerdo entre el sujeto y el objeto se da con cierta plenitud".

La concepción de que hay una connaturalidad entre hombre y palabra poética, que la palabra auténtica, íntegra, del hombre entero es la poesía, es una clave importante en el pensamiento de Paz. En este sentido dirá "Toda frase quiere decir algo que puede ser dicho o explicarlo por otra frase... La imagen se explica a sí misma... Sentido e imagen son la misma cosa... El lenguaje indica, representa; el poema no explica ni representa: presenta... La poesía es un penetrar, un estar o ser en la realidad".[6]

Más allá de lo que se dice, que es capital, está el modo cómo se dice, en donde aun cuando se confrontan o contrastan ideas o fases de ideas, la sintaxis

en que lo hacen está animada por relaciones fónicas, semánticas que resaltan gestos, posiciones, actitudes que evidencian su ser-estar presentes. Los sonidos resuenan, replican. Consienten en el sonido, disienten en el sentido, acontecen lo que dicen, laten, ritman.

Esto es "poner en libertad la materia donde "ser otra cosa" quiere decir ser "la misma cosa": la cosa misma, aquello que real y primitivamente son".

En este discurso se hace efectivo el proyecto de plenificar el presente convocando al pasado. En la palabra poética acontece esto. La palabra recobra su unidad de sonido y sentido, copa parte del mundo, animada por el ritmo del mundo, siendo una en el sonido, otra en el sentido y ambas retrocediendo-avanzando al pasado y al futuro en este modo tensional de ser en el presente.

Cuando la palabra no es considerada en esta pluridimensión, aparece la prosa atenta a ser instrumento de la reflexión y el análisis, de la cual Octavio Paz dice que "se ejerce contra la naturaleza misma de la palabra".

"Por la violencia de la razón las palabras se desprenden del ritmo"... "Dejar al pensamiento en libertad, divagar, es regresar al ritmo; las razones se transforman en correspondencias, los silogismos en analogías y la marcha intelectual en fluir de imágenes".

En estos planteamientos es posible ponderar la profundidad, la valentía de Octavio Paz, en cuanto a reivindicar una palabra que él mismo señalara que está proscrita de la esfera del poder de la sociedad contemporánea y denunciar la palabra instrumental de la prosa como contra natura. El lo dice y lo hace. Al hacerlo a cabalidad demuestra algo muy importante: La superioridad de la palabra poética, su capacidad de presencializar multidimensionalmente lo del hombre, lo del mundo, lo de ambos. Lo que era cuando prosa alusión y referencia que informaba o ilustraba a una parte del hombre, acá deviene encarnación del sentido que revela y crea humanidad en una cobertura, la más amplia y honda de que se tenga memoria.

No extraña, desde esta perspectiva, que Paz diga "clasificar no es entender y menos aún comprender... gran parte de la crítica no consiste sino en esta ingenua y abusiva aplicación de las nomenclaturas tradicionales"[7]. En esta misma línea de claridad y rotundez, dirá en otro lugar: "Digo revelación y no explicación. Si el desarrollo es una explicación la realidad no será revelada sino elucidada y el lenguaje sufrirá una mutilación: habremos dejado de ver y oír para sólo entender". Cuando esto ocurre, la palabra se degrada "La causa de esta degradación es que el lenguaje se nos vuelve útil, instrumento, cosa. Cada vez que nos servimos de las palabras las mutilamos. Más el poeta no se sirve de las palabras. Es su servidor".[8]

Al servir a las palabras les recupera sus valores plásticos, sonoros, afectivos y significativos. En su escritura Octavio Paz realiza este programa. Su obra ensayística, que es la que nos ocupa en este capítulo, es una gestión

escritural donde cada palabra emerge como una presencia multidimensional que en su avance a completarse va originando la plena presencia del mundo y del trasmundo. Esta palabra posibilita que la realidad libere su exuberancia de ser, en una operación doble: reproducción de la pluralidad y avance al encuentro con la unidad.

Lo que prima hoy como realidad y captura de su entidad, desde esta perspectiva aparece netamente insatisfactorio. "Todas nuestras versiones de lo real —silogismos, descripciones, fórmulas científicas, comentarios de orden práctico, etc.— no recrean aquello que intentan expresar. Se limitan a representarlo o describirlo... En el curso del proceso descriptivo se ha ido perdiendo poco a poco la totalidad del objeto... El verso, nos hace recordar lo que hemos olvidado: lo que somos realmente".[9]

Hay una gran precisión conceptual en las palabras anteriores para poner de relieve la diferencia cualitativa de estas dos palabras: la científica y la poética. Pero, además de esto, interesa reparar en el modo de avance, en el ritmo, sus modulaciones de velocidad para que lo que se dice no remita a algo sino que lo acontezca al tiempo que lo va diciendo. Es notable la diferencia de *tempo* de revelación que ocurre entre este párrafo, donde su lentitud protagoniza simbólicamente la ausencia de la vida propia: "En el curso del proceso descriptivo se ha ido perdiendo, poco a poco, la totalidad del objeto" frente a este otro animado vigorosamente por una cadena de verbos donde irrumpe la exuberancia del ser. "El verso, la frase-ritmo evoca, resucita, despierta, recrea".

En este discurso el decir es ser. Si la piedra de toque para discernir acerca de la presencia artística es el ritmo, este discurso es plenamente estético, y de una manera bien especial. Lo que se dice acerca del hombre, del mundo, de la trascendencia está visto, sentido, pensado a la manera como se acusa el impacto de la obra de arte, de una parte. De otra, esto que se dice, se dice a la manera como lo hace la obra de arte. Este es un punto sobre el cual hay mucho que decir pero que por el momento sólo puede ser apuntado. Pero, en síntesis, el discurso de Octavio Paz es creación y crítica, escritura que acontece la creación crítica, la crítica creadora; puesta en palabras de la operación de discernimiento por la que se rescata material del caos para el cosmos; pero se da un paso más: se arma el cosmos con los materiales discernidos como valiosos. En esta operación el hombre revela, inventa su identidad: recuerda lo que es realmente. Pone al origen en presente, pone al presente en el arco largo del ser, conectado al origen.

"Pensar es respirar. Retener el aliento, detener la circulación de la idea: hacer el vacío para que aflore el ser... pensamiento y vida no son universos separados sino vasos comunicantes: esto es aquello. La identidad última entre el hombre y el mundo, la conciencia y el ser, es la creencia más antigua del hombre y la raíz de la ciencia y religión, magia y poesía...".[10]

Es la creencia más antigua y la más fiel al proyecto humano de espíritu encarnado. Ni materia sin espíritu ni espíritu sin materia. Ambos siendo juntos. Mejor, el hombre siendo gracias a la cópula de "pensar es respirar". Idea circulando al ritmo del aliento... Hacer el vacío no para que aflore la idea abstracta, sino para que "aflore el ser"; ser donde pensamiento y vida son una misma cosa. Una misma cosa que al ser así, es otra; que al ser otra, es más profundamente la misma, en un grado más de avance a presencializar la identidad, identidad como proyecto-trayecto infinito de discernimiento del misterio, del ser del misterio.

Esto abstracto, abstruso, arduo y árido en el discurso conceptual es expresable de otra manera más ágil, sugestiva y veraz. Esto es lo del discurso estético al modo de Octavio Paz:

"Las palabras que son los dobles del mundo objetivo, también están animadas. El lenguaje, como el universo, es un mundo de llamadas y respuestas; flujo y reflujo, reunión y separación, inspiración y espiración. Unas palabras se atraen, otras se repelen y todas se corresponden. El habla es un conjunto de seres vivos, movidos por ritmos semejantes a los que rigen a los astros y a las plantas".

Esta intuición se recibe cuando se pasa a la otra orilla, cuando se ejerce el derecho a vivir humanamente, esto es, haciendo uso de la mitad del hombre que la sociedad tecnológica ha dejado obsoleta. Es una cala, una inmersión en la realidad con y desde los sentidos, recuperando el derecho del cuerpo a ser parte del hombre y del mundo, a sentir y ser sentido y, al ser así, estar presente en el registro, revelación, invención, creación del hombre y del mundo. Cuando esto ocurre el amanecer no se repite, ni el atardecer. Siempre es una experiencia que está signada por la aventura de la primera vez, porque el cuerpo del hombre y el del mundo no se repiten: nunca se bañan dos veces en el mismo río, ni son el mismo cuerpo. Esta intuición es inmersión en la verdad. Desde ella están escritas estas palabras:

"Sentimos que las ideas riman. Entrevemos entonces que pensamientos y frases son también ritmos, llamadas, ecos. Pensar es dar la nota justa, vibrar apenas nos toca la onda luminosa."[11]

El hombre no alumbra el pensamiento encapsulado en un humanismo vuelto de espaldas al mundo. Piensa de cara al mundo, acogiendo, recogiendo los signos con que el mundo escribe el acontecer de la vida. Y los signos dignos de dar cuenta de esta escritura del mundo son palabras recogidas del decir su ser el mundo. Por eso Octavio Paz dice: "Los juramentos y malas palabras estallan como soles atroces". Toda palabra verdadera, valedera, en esta concepción, si es humana es también cósmica. No hay humanismo que no sea mundanal: experiencia de encarnación.

Por esto es determinante el ritmo, el significante por excelencia de la vida;

la vida, significante por antonomasia del ser. Por eso la palabra real, verdadera, está animada, es ritmo en su esencia última. "En el fondo de todo fenómeno verbal hay un ritmo. Las palabras se juntan y separan atendiendo a ciertos principios rítmicos".[12] La vida se crea, se recrea, se procrea en y desde el ritmo y las palabras que dicen este "tropismo" ontológico están dinamizadas por él.

Si hubiera que cifrar en un punto el origen del discurso estético de Octavio Paz, éste debería ser el ritmo. El ritmo es núcleo de su visión del mundo y del hombre, de la relación hombre-mundo-cultura-arte. El ritmo en la visión de Paz pone en relación, en revelación al mundo y al hombre al organizar el despliegue de su dinamismo.

Pero en el ritmo también hay que buscar el origen del peculiar modo de ocurrencia de su escritura crítico-creadora. Lo que se dice termina convenciendo de su realidad, de su verdad porque es epifanía del ritmo. La frase, el período es porque ocurre de una manera patentizadora de que así es. Así se hace presente. De otra manera, con otros ritmos, la realidad no se sentirá conminada a comparecer.

Para corroborar lo primero son claves estas palabras de Paz: "Pero cada sociedad posee un ritmo propio. O más exactamente: cada ritmo es una actitud, un sentido y una imagen del mundo, distinta y particular. Del mismo modo que es imposible reducir los ritmos a pura medida, dividida en espacios homogéneos, tampoco es posible abstraerlos y convertirlos en esquemas racionales. Cada ritmo implica una visión concreta del mundo. Así, el ritmo universal de que hablan algunos filósofos es una abstracción que apenas si guarda relación con el ritmo original, creador de imágenes, poemas y obras. El ritmo, que es imagen y sentido, actitud espontánea del hombre ante la vida, no está fuera de nosotros: es nosotros mismos, expresándonos. Es temporalidad concreta, vida humana irrepetible. El ritmo que Dante percibe y que mueve las estrellas y las almas se llama Amor; Laotsé y Chuangtsé oyen otro ritmo, hecho de contrarios relativos; Heráclito lo sintió como guerra. No es posible reducir todos estos ritmos a unidad sin que al mismo tiempo se evapore el contenido particular de cada uno de ellos. El ritmo no es filosofía, sino imagen del mundo, es decir, aquello en que se apoyan las filosofías".

Este último pensamiento es muy iluminador de la fase desde donde se levanta el discurso de Octavio Paz. Las palabras se salvan de la muerte, de la monodimensión por la imagen, cuando son animadas, encarnadas en imagen. Pero, a su vez, la imagen es tal realidad animada, encarnada, viva; es en verdad, cuando posee un ritmo o es posible por él.

Alguien, parafraseando al Evangelio de San Juan, dijo: "En el principio era la acción". Otro, después, parafraseó la paráfrasis diciendo: "En el principio era el ritmo". Octavio Paz dice que ritmo es "aquello en que se apoyan las filosofías". Una definición tradicional dice que la filosofía es la ciencia que estudia las causas

últimas. Siguiendo la secuencia diríamos que el ritmo es aquello que evidencia los cimientos, los soportes originales de lo real.

En lo relativo a la historia humana "el ritmo de la época es algo más que una expresión figurada y podría hacerse una suerte de historia de cada nación —y de cada hombre— a partir de su ritmo vital. Ese ritmo —el tiempo de la acción, del pensamiento y la vida social— es también y sobre todo ritmo verbal".

He aquí una clave para la comprensión de Octavio Paz. El ritmo está en la base de una visión epistemológica del fenómeno humano, individual y colectivo. Y es gravitante no sólo para la captación del fenómeno sino para su fijación. Es clave epistemológica, hermenéutica para la lectura y la escritura del ser-estar-acontecer del hombre y del mundo. El hombre no está en la historia. "Es historia". Esto que es, es cognoscible por la aprehensión y fiel interpretación de su ritmo. Tal conocimiento no se concretará mientras no sea encarnado en una escritura que acontezca con el ritmo que identifica la realidad aquella.

Todo esto pasa porque "las cosas se apoyan en sus nombres y viceversa". Para esto, "tenemos que aprender a mirar cara a cara la realidad. Inventar, si es preciso, palabras nuevas e ideas nuevas para estas nuevas y extrañas realidades que nos han salido al paso. Pensar es el primer deber de la inteligencia, y en ciertos casos, el único."[13]

Pero "pensar es respirar", habíamos dicho antes. Pensamiento y vida son una sola cosa. Y esto pasa por la palabra que encarna el ritmo de la realidad del hombre y del mundo, de ambos.

Esta es la tarea que tiene por delante el *homo metaphorans* hispanoamericano. Esto es lo que hace Octavio Paz en su discurso. Inventa palabras no por la vía fácil del neologismo sino por la otra de revelarles a las palabras su verdadera identidad, revelación que parte de recepcionar el mundo, la historia y la geografía como escrituras simbólicas de una realidad densa no tocada, apenas atisbada. En *Posdata* dice:

"Todas las historias de todos los pueblos son simbólicas; quiero decir: la historia y sus acontecimientos y protagonistas aluden a otra historia oculta, son la manifestación visible de una realidad escondida".[14] "Las geografías también son simbólicas: los espacios físicos se resuelven en arquetipos geométricos que son formas emisoras de símbolos... El paisaje es histórico y de ahí que se convierta en escritura cifrada y texto jeroglífico... cada historia es una geografía y cada geografía una geometría de símbolos".[15]

Porque sólo conocemos una fase de la historia y de la geografía y no la otra escondida e invisible, es que hay que inventar las palabras con que nombrar lo hasta ahora innominado. Pero también porque al revelar lo invisible será necesario renombrar lo antes nombrado de una manera incompleta, por conocido de una manera insuficiente. Tarea de inventar nombres, que trae consigo la de inventar sintaxis, que trae consigo la de inventar sistemas de

relaciones o constelaciones que atiendan la complejidad y peculiaridad de lo descubierto. Tarea que recién comienza.

Octavio Paz adelanta parte de esta operación adánica sin los dones preternaturales: "Entre vivir la historia e interpretarla se pasan nuestras vidas. Al interpretarla, la vivimos: hacemos historia; al vivirla, la interpretamos. Cada uno de nuestros actos es un signo. La historia que vivimos es una escritura; en la escritura de la historia visible debemos leer las metamorfosis y los cambios de la historia invisible".[16]

Por ello su punto de apoyo será "el ejercicio de la imaginación crítica: una visión y simultáneamente una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o una búsqueda de nuestro pretendido ser. El mexicano no es una esencia sino una historia. Ni ontología ni psicología. A mí me intrigaba (me intriga) no tanto el "carácter nacional" como lo que oculta ese carácter: aquello que está detrás de la máscara... que al mismo tiempo nos expresa y nos ahoga".[17]

Escritura y lectura son inseparables como creación y crítica. Al vivir, escribimos nuestros rostros, nuestra casa, nuestro paisaje. Y al seguir viviendo vamos leyendo lo escrito. Lo escrito visible pide ser continuado en lo invisible no escrito aún. Lo escrito en buena parte es la máscara, la forma, la fórmula, el formalismo y el formulismo "que al mismo tiempo nos expresa y nos ahoga". Escribir pasa por proporcionar lo expresado y lo omitido, dimensionar lo atendido por la escritura y lo obviado, marginado, borrado. La lectura resulta tanto o más importante que la escritura. Permite "leer" lo que hay y lo que falta. Para esto, para calcular lo sumergido del iceberg, lo competente es la "imaginación crítica". Para levantar la forma y el sentido de lo invisible; desde el todo, la parte; desde el contexto, el texto.

La imaginación mensura el tramo que va de lo posible a lo imposible (y viceversa), completa la escritura, inconclusa siempre pero en América Latina, más aún. La crítica debe discernir la representatividad y la respectividad de lo nominado, la pertinencia y la pertenencia a tal o cual horizonte, su situación relativa al centro, su altura, su profundidad.

III. INCURSION EN *EL LABERINTO DE LA SOLEDAD*

Buscando acoger la propuesta de Octavio Paz, el proyecto de *El laberinto de la soledad* se nos representa legible, interpretable a partir de un repertorio de imágenes y símbolos como zonas de alto voltaje representativo que alumbran espacios, tiempos, acontecimientos, personajes. Esta etapa inicial trae consigo otra: el seguimiento y levantamiento de su red sintáctica, el universo de sus

relaciones, de sus constelaciones, de tal forma de llegar a la sospecha de su conformación más o menos aproximada. En tercer lugar se insinúa la conveniencia de proyectar estas relaciones como partes integrantes de uno o varios horizontes y de sus matrices, fuentes, orígenes.

Naturalmente esto es imposible llevarlo a cabo en los márgenes de este ensayo. Queda, sin embargo, la posibilidad de realizar algo por el estilo de la sinécdoque, con que complementar lo dicho hasta aquí respecto de la modalidad del discurso estético de Octavio Paz.

Quisiéramos ensayar en este caso un método metonímico que reobrara sobre la estrategia discursiva metonímica de Paz. Para esto vamos a operar sobre *El laberinto de la soledad*. Realizar en él una serie de biopsias que nos permitan auscultar el *modus operandi* en vivo y en directo, en las imágenes y sus ritmos accionando en un espacio semántico determinado.

Vamos a operar sobre el capítulo primero: "El pachuco y otros extremos". Conceptualmente Octavio Paz señala: "La singularidad de ser —pura sensación en el niño— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante". Este planteamiento lo lleva adelante en la imagen del adolescente y ésta en la imagen del rostro reflejado en el agua: "No importa, pues, que las respuestas que demos a nuestras preguntas sean luego corregidas por el tiempo; también el adolescente ignora las futuras transformaciones de ese rostro que ve en el agua: indescifrable a primera vista, como una piedra sagrada cubierta de incisiones y signos, la máscara del viejo es la historia de unas facciones amorfas, que un día emergieron confusas, extraídas en vilo por una mirada absorta. Por virtud de esa mirada las facciones se hicieron rostro y, más tarde, máscara, significación, historia".[18]

La búsqueda de conocimiento es por la vía poética. La historia es un error, dirá en otra parte. La psicología y el carácter le parecen sospechosos e inconducentes. En cambio, "la obra de arte o una acción concreta definen al mexicano —no solamente en tanto que lo expresan, sino en cuanto, al expresarlo, lo recrean— que la más penetrante de las descripciones".

Conocimiento poético ejerciéndose sobre la obra de arte o sobre la vida, sobre el poema o sobre el gesto.

Lo conceptual se "lee" en lo sensible. Las preguntas se leen en la escritura de ese rostro que es escritura en la página del agua. Para revelar que es escritura se convoca la presencia de otra imagen, en este caso cultural: "piedra sagrada cubierta de incisiones y signos". Para avanzar el sentido de esta imagen se la flanquea con otra imagen: la máscara. Pero para descifrar ésta, se la pone en situación: "La máscara del viejo". Y para desplegar el pergamino arrugado del concepto "vejez" se lo pone en acción: "historia de unas facciones amorfas, que un día emergieron confusas, extraídas en vilo por una mirada absorta".

Diseño el de estas palabras de un modo de abrir los sellos de la realidad.

El agente: una mirada absorta extrae de unas facciones amorfas, confusas, de una máscara, de un jeroglífico, extrae una historia.

La mirada absorta no es sólo disponibilidad para acoger lo que ofrece la realidad, sino dinamismo creador —"Por virtud de esa mirada las facciones se hicieron rostro" —, paso del caos al cosmos, integración en un ser concreto, pero este ser no es sólo individualización encerrada en su inmanencia, sino que es escritura que dice lo suyo y lo de los otros en el mundo: es "máscara, significación, historia".

El arte de crear obras de arte y el arte de crear el vivir son las vertientes por donde la realidad revela su sentido. Para llegar a ellas es necesaria una mirada absorta. Absorta es aquí disponible, obediente para seguir el proceso "en hacia", diría Zubiri, por el cual las obras y los obrares nos llaman a acompañarlos en su vocación de revelar su esencia, su misterio.

A este respecto, en *Posdata*, se dirá: "a pesar de que sabemos que nuestros actos significan, dicen, no sabemos qué es lo que dicen y así se nos escapa el significado de la pieza que representamos"... "Esa lectura es un desciframiento, la traducción de una traducción: jamás leeremos el original. Cada versión es provisional: el texto cambia sin cesar (aunque quizá siempre dice lo mismo) y de ahí que de tiempo en tiempo se descarten ciertas versiones en favor de otras que, a su vez, antes habían sido descartadas. Cada traducción es una creación: un texto nuevo".

Historia de los pueblos, de los grupos, de las personas, todo avanza tras su significación, en procura de escribir su historia. Se nos escapa el significado. El agua traduce lo que el rostro traduce. Ambas traducciones corregidas por el tiempo, hechas historia en una traducción indescifrable: máscara. Cadena de traducciones rescatadas por una mirada que recoge las facciones y busca traducirlas a rostro, a máscara, a significación, a historia.

Esta mirada abierta y afanosa es una mirada poética, creadora. *El laberinto* es la creación de esta mirada agenciosa que busca saber lo que nuestros actos significan, sabiendo que jamás llegaremos a saber por qué las traducciones-creaciones se suceden sin "dar al alcance alcance", como dirá San Juan de la Cruz.

La mirada, gesto-sinécdoque donde se recoge y anticipa pasado y futuro indescifrables, es una imagen-símbolo que permite asomarse al ser de un grupo concreto seleccionado por tener "conciencia de su ser": los pachucos.

Por la vía de la imagen Paz presenta la coexistencia y entrevero de diversos tiempos: "A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes". Pero esta imagen, con ser ilustrativa, no está en el eje del ejercicio discursivo de Octavio Paz. Este nos llega por el recurso a la biopsia en un punto fino, hondo, el que desvela esta imagen: "Las épocas

viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía". Se ha practicado una sangría en la realidad, en la temporalidad humana y lo que salta no es sólo luz para descifrar la temporalidad histórica, sino principalmente la transhistórica. Su capacidad heurística arranca de estar sintonizando con un punto clave en la cultura: el núcleo semántico muerte-vida del que la herida es su emergencia, su epifanía.

Un poco más adelante se volverá sobre esta imagen. Desarrollará parte de su potencial significativo al convertirse en un surtidor por el que dice su conflicto de ser el pachuco: "No es una intimidad que se vierte, sino una llaga que se muestra, una herida que se exhibe. Una herida que también es un adorno bárbaro, caprichoso y grotesco; una herida que se ríe de sí misma y que se adorna para ir de cacería. El pachuco es la presa que se adorna para llamar la atención de los cazadores. La persecución lo redime y rompe su soledad: su salvación depende del acceso a esa misma sociedad que aparenta negar. Soledad y pecado, comunión y salud, se convierten en equivalentes".[19]

Ejercicio de imaginación crítica, lo sustantivo es la imagen. Ella extrae las presencias polares, las que alumbran el ser y su sentido. El acontecer al modo poético va desplegando su polisemia. Sólo a partir de esto, de ponernos ante la evidencia del ser, Octavio Paz detalla las consecuencias, o sea, da paso a la parte conceptual, explicativa. Pero esto conceptual aparece ordenado en proporcionalidades rítmicas, binómicas.

El período seleccionado muestra el método, que se puede sintetizar de la siguiente manera: Intimidad-llaga-herida; herida-adorno; risa de sí-adorno no para ir a cazar sino para ser cazado.

Tránsito de un concepto (intimidad) a una imagen (llaga): de una imagen (llaga) a otra imagen que fisionomiza (herida); imagen que siendo lo que es puede ser a la vez otra cosa (adorno); otra cosa que desconstruye su estatuto de objeto y pasa al de sujeto (se ríe de sí y se engalana); que como sujeto pasa a ser agente (cazador); pasa de cazador a presa que se ofrece a ser cazada. Dicho en otros términos, es una cosa que es una imagen que no agota su significación en esta fase, sino que es también lo otro diverso. En varios casos, una secuencia de lo uno revelándose como serie de realidades distintas y, finalmente, no solo distintas sino opuestas, antitéticas.

El toque discursivo final se da al relacionar esto con una situación humana. Esta es el engaste que, como nicho ecológico, permite valorar, proyectar su entidad. Hecho esto, el período se cierra con la frase conceptual a modo de visión universal: "Soledad y pecado, comunión y salud, se convierten en términos equivalentes". Lectura del sentido en alcance universal, habiendo hecho antes el recorrido por una cadena de situaciones concretísimas. Por concretas, inagotables en cuanto sugestión semántica.

¿Cómo se dice el drama del desarraigo en este discurso? Del pachuco

Octavio Paz señala lo siguiente: "El pachuco ha perdido toda su herencia: lengua, religión, costumbres, creencias. Sólo le queda un cuerpo y un alma a la intemperie, inerme ante todas las miradas. Su disfraz lo protege y, al mismo tiempo, lo destaca y aísla: lo oculta y lo exhibe".

En la visión de Paz, lo constitutivo del hombre, su haber esencial radica en su acerbo cultural, espiritual. Al enunciarlo se impone el modo estético y procede a detallarlo en cuatro nombres. Hay una preocupación por la exactitud conceptual pero sobre todo por la andadura rítmica. De ahí la factura en cuanto miembros de la enumeración. Antes ha dicho buscando el refuerzo entre sonido y sentido "huérfano de valedores y de valores".

"Sólo le queda un cuerpo y un alma a la intemperie, inerme ante todas las miradas". Puesta en realidad de una visión donde cuerpo y alma obran y sufren lo mismo —la intemperie—. Lo que puede hacer el hombre para protegerse es insuficiente: "Su disfraz lo destaca y aísla: lo oculta y lo exhibe". Significado contrastado asumido por un significante contrastante. Búsqueda y hallazgo de la modulación expresiva con que rescatar la experiencia humana para ser revelada como tal.

Esta búsqueda de la captura de la experiencia humana que aparece relacionada con lo cultural, se complementa con su presencia en íntima relación con la naturaleza. Una naturaleza que, como se ha dicho en otra parte, no es sólo natural sino cultural; de cultura donde lo cósmico, lo humano aparece transido por lo sobrenatural: "La gran soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie, poblada todavía de dioses insaciables, es diversa a la del norteamericano, extraviado en un mundo abstracto de máquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad, esto es, el mundo que nos rodea, existe por sí misma, tiene vida propia y no ha sido inventada, como en los Estados Unidos, por el hombre. El mexicano se siente arrancado del seno de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas fuerzas en que se manifiesta la vida. Por eso grita o calla, apuñalea o reza, se echa a dormir cien años"[20].

Imágenes descomunales por decir una experiencia sobrecogedora; "la gran noche de piedra de la altiplanicie, poblada todavía de dioses insaciables".

Modalidad de decir que deja de lado los cánones cientificistas para ir al encuentro de la intuición y para encarnarla como ella exige ser, con imágenes que han conquistado su autonomía signífera. El abordaje explicativo se veda cauces causales y sale por otras vías expresivas: "En el valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados y bocas que devoran".

En sintaxis heteróclita se entreveran paisajes, conceptos, imágenes

animizadas. Desde una perspectiva lógica este párrafo se podría haber obviado. Su contenido ya estaba presente en el párrafo anterior. Pero la presencia no se hace presente por la enumeración de sus componentes sino por el modo de relación en que se encuentran. Entonces, este segundo párrafo busca avanzar en el ajuste de la relación que permite que hombre, mundo y transmundo se encuentren.

Esta relación es una situación: "El mexicano se siente arrancado del reino de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba". Discurso que se encuentra, choca, se estrella con situaciones límites, que le otorgan su clima tensional, de conjunciones y disyunciones drásticas: "grita o calla, apuñalea o reza, se echa a dormir cien años".

Para que esta realidad salve su entidad hay que inventarle las palabras, la sintaxis, el discurso. Lo del Laberinto es un discurso inventado sobre la invención caliente de la realidad mexicana, que es una sinécdoque viva de la realidad hispanoamericana.

"La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, "pocho", cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día —¿en la Conquista o en la Independencia?— fue desprendido. Nuestra soledad tiene las mismas raíces que el sentimiento religioso. Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación.[21]

Sinécdoque viva, la inmersión en la carne revela el discurso con que se siente dicha. Desde aquí se destilan las conclusiones sobre el sentido y destino del hombre. "La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen". Basta este trozo para alumbrar a fondo este modo de ser-no ser humano, Con esto se pondera, se pone en perspectiva cómo pesa la orfandad hispanoamericana, cómo desangra el impulso vital e impide ser a este hombre. Pero su perspectiva no circunscribe a este hombre en el entorno natural. Tampoco en el histórico. Lo sitúa a un nivel de imagen cósmica, trascendente, transhistórica.

"Cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En una excéntrica carrera ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día —¿en la Conquista o en la Independencia?— fue desprendido".

Discurso estético donde el hombre es dicho por una imagen cósmica. "Cometa de jade" que deja un rastro inolvidable, único: "que de vez en cuando relampaguea". Redescripción de lo humano de una fuerza y luz que no lograría la más minuciosa descripción científica. Pero, además, de un alcance de sentido

que no presentía la más rigurosa investigación histórica. Es lo que proyectan estas otras imágenes; "quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día ... fue desprendido".

El sentido se dice con imágenes que no tienen sentido para las ciencias naturales o sociales pero son plenamente eficaces cuando se las lee con la lógica de la estética que trabaja directamente con los materiales primordiales de la creación. También con los del mito.

De paso, apenas en una incidental, se plantea una hipótesis que trastorna los ejes sobre lo que ha sido montada la historia oficial. Se pregunta si el sentido último del mexicano no estará en regresar al origen de donde fue desprendido por la Colonia o la Independencia. Esto último, que suena a herejía, desde el pensamiento de Octavio Paz no lo es.

El discurso estético, que opera con monumentos más que con documentos, alumbra un conocimiento de la realidad más hondo, más complejo, más pertubador del orden establecido que el de la historia. La causa está en la ausencia o adelgazamiento de la capa de mediatizaciones con que opera la óptica de ciertas ciencias sociales y su lastre positivista. La materia liberada de sus limitaciones de instrumento y objeto útil para algo, por la vía del discurso estético recupera la capacidad de transferir su carga significante de la vida en sus múltiples niveles.

Todo es simbólico. Esta instalación simbólica está disponible. Depende del hombre atenderla u olvidarla. La sociedad tecnológica contemporánea la ha desatendido, la ha ignorado. La poesía la sigue sintonizando. Es más, vive en esa orilla. Habla desde ella, de ella. Ella dice lo suyo desde la poesía. Poesía como transferencia de pulsar vital.

El primer capítulo del *Laberinto* termina con unas imágenes que creemos útil comentar: "Recuerdo que en España, durante la guerra, tuve la revelación de "otro hombre" y de otra clase de soledad: ni cerrada ni maquinal, sino abierta a la trascendencia. Sin duda la cercanía de la muerte y la fraternidad de las armas producen, en todos los tiempos y en todos los países, una atmósfera propicia a lo extraordinario, a todo aquello que sobrepasa la condición humana y rompe el círculo de soledad que rodea a cada hombre. Pero en aquellos rostros —rostros obtusos y obstinados, brutales y groseros, semejantes a los que, sin complacencia y con un realismo, acaso encarnizado, nos ha dejado la pintura española— había algo como una desesperación esperanzada, algo muy concreto y al mismo tiempo muy universal. No he visto después rostros parecidos.

Mi testimonio puede ser tachado de ilusorio. Considero inútil detenerme en esa objeción: esa evidencia ya forma parte de mi ser. Pensé entonces —y lo sigo pensando— que en aquellos hombres amanecía "otro hombre". El sueño español —no por español, sino por universal y, al mismo tiempo, por concreto, porque era un sueño de carne y hueso y ojos atónitos— fue luego roto y

manchado. Y los rostros que vi han vuelto a ser lo que eran antes de que se apoderase de ellos aquella alborozada seguridad (¿en qué: en la vida o en la muerte?): rostros de gente humilde y ruda. Pero su recuerdo no me abandona. Quien ha visto la esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso entre los suyos. En cada hombre late la posibilidad de ser o, más exactamente, de volver a ser, otro hombre".

Discurso hecho, tironeado de contrarios sintetizable en esta "desesperación esperanzada", producto de una "alborozada seguridad" precisamente al estar al borde de la muerte o en la frontera entre la vida y la muerte. Esta vislumbre de una realidad otra, Octavio Paz la escribe con la palabra "Esperanza", así, con mayúscula. Ella es la que certifica el sentido. Por eso es inolvidable, indesechable. Se busca "bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo... la posibilidad de ser o, más exactamente, *de volver a ser,* otro hombre". La esperanza de ser en identidad, de ser uno mismo que es ser otro, de ser en el futuro que es volver a ser. La latencia que alienta y patentiza la presencia. Presencia que espera a ser presente. Conjunción de pasado, y futuro y encuentro con los otros, lo otro. Lo otro: conjunción de la parte y del todo, de la periferia y el centro. El laberinto, experiencia de frontera entre el camino que son muchos y que no es ninguno, frontera incierta siempre entre el centro y la periferia, frontera también entre la vida y la muerte, la salvación y la perdición, entre el sentido y el sin sentido. Este lugar cuajado de sentidos hace que la experiencia humana cuando hace contacto con él estalla en su multiplicidad de sentidos.

El ser disparándose más allá de sí es la trascendencia. El hombre encontrándose con su real en sí, no tiene otro destino que atender a su desdoble más allá de sí. *El laberinto*, creación de la imaginación crítica, define al deseo como "la voz misma del ser, porque el ser no es sino deseo de ser". En la misma línea "la inspiración es lanzarse a ser, pero también y sobre todo, recordar y volver a ser. Volver al ser".

El ir adelante pasa por el volver atrás o por ir adelante a recuperar lo perdido en el atrás, pero esto en la búsqueda angustiosa y fascinante del laberinto donde el ir tras la Esperanza es "volver a ser", que es "volver al ser". Cada nuevo paso y palabra es resonancia, consonancia, concordancia. Consonancia de sonidos, concordancia de sentidos. Esto se hace con imágenes que permiten sentir el sentido y a través de ello "ir más allá de nosotros al encuentro de nosotros". Ir más allá es volver al ser al mismo tiempo que "flecha tendida, rasgando siempre el aire, siempre adelante de sí, precipitándose más allá de sí mismo, disparado, exhalado, como el hombre que sin cesar avanza y cae y a cada paso es otro y el mismo. La otredad está en el hombre mismo".[22]

Ahora bien, esto se concreta en la poesía. "Si el hombre es trascendencia,

ir más allá de sí, el poema es el signo más puro de ese continuo trascender, de ese permanente imaginarse. El hombre es imagen porque se trasciende. Quizá conciencia histórica y necesidad de trascender la historia no sean sino los nombres que ahora damos a este antiguo y perpetuo desgarramiento del ser siempre separado de sí, siempre en busca de sí".[23] En esta línea, el pecado, la mancha son como los significantes de este desgarrón que escinde al ser, que lo separa de sí y lo obliga a volver siempre en busca de unidad, de su identidad perdida. Unidad, armonía, analogía, correspondencia, grandes polaridades que han atraído al hombre, tras de las cuales ha presentido estar su felicidad. "El hombre quiere ser uno con sus creaciones, reunirse consigo mismo y con sus semejantes: ser el mundo sin cesar de ser él mismo. Nuestra poesía es conciencia de la separación y tentativa por reunir lo que fue separado".[24]

Poesía, discurso estético, tentativa por reunir al hombre con su palabra y por reunir la palabra con el mundo, por lograr que el mundo sienta a la palabra como su doble, que se mire, respire, aliente por ella. También que el pensamiento se encarne en la carne de la palabra y ésta en la carne del mundo. Esta es la misión asumida por el discurso estético que ha escrito *El laberinto*. Cuando su autor se refiere al novelista, en una parte sustantiva está describiendo su escritura y su postura estética: "El novelista no demuestra ni cuenta: recrea un mundo... su obra entera es una imagen. Así, por una parte, imagina, poetiza; por la otra describe lugares, hechos, almas. Colinda con la poesía y con la historia, con la imagen y la geografía, el mito y la psicología... Ambigüedad e impureza le vienen de ser el género épico de una sociedad fundada en el análisis y la razón, esto es, en la prosa".[25]

El laberinto, que pensó en un tiempo ser novela, formalmente no lo fue, pero en el fondo su discurso es sustancialmente el de la novela. "Recrea un mundo...". Su obra entera es una imagen. Una gran imagen a partir del título que se articula por la sintaxis de una cadena de imágenes, de constelaciones de imágenes, de situaciones que se sustentan en imágenes; por pensamiento originado, desarrollado y sellado por imágenes.

Ahora bien, el soporte de la novela es la intuición poética del mundo. A esta luz es posible ver, leer *El laberinto*. En este sentido le son aplicables estas palabras: "A la inversa de lo que ocurre con los axiomas de las matemáticas, las verdades de los físicos o las ideas de los filósofos, el poema no abstrae de la experiencia: ese tiempo está vivo... doble movimiento de la operación poética: trasmutación del tiempo histórico en arquetípico y encarnación de este arquetipo en un ahora determinado e histórico".[26]

Esto lo realiza Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* y en toda su obra ensayística. Detección de las zonas neurálgicas, aquellas donde hay cruces de caminos y seguimiento de su modo de inspirar y espirar la vida, de su ritmo, para avanzar la lectura en su ser más allá de su ser, de su ser trascendiéndose,

imaginándose desde su raíz hasta su horizonte y esta línea esencial del sentido, escrita con los puntos que deja la cadena de encuentros, llevada a encarnarse en el aquí y el ahora en que la vida, la realidad apuestan por su trascendencia viva.

Nunca antes el castellano había capturado el pulso, el latido de la vida con el rigor y el vigor que ostentan *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, *Sor Juana Inés de la Cruz*, etc.

Un texto del *Laberinto* puede corroborar esta percepción de un discurso animado por las imágenes que funden sin confundir lo arquetípico y concreto, lo acrónico y lo histórico: "Lo chingado es lo pasivo, lo inerte y abierto, por oposición a lo que Chinga, que es activo, agresivo y cerrado. El Chingón es el macho, el que abre. La Chingada, la hembra, la pasividad pura, inerme al exterior. La relación entre ambos es violenta, determinada por el poder cínico del primero y la impotencia de la otra. La idea de violación rige oscuramente todos los significados. La dialéctica de "lo cerrado" y "lo abierto" se cumple así con precisión casi feroz".[27]

Discurso animado por la antítesis: activo-pasivo, masculino-femenino, poder-impotencia, clausura-apertura. La primera pareja emerge limpia con sus atributos: trilogía de adjetivos. La segunda aparece contrastada en su ritmo. Breve, preciso el perfil del macho. La hembra más detallada, inanimada. La relación aparece calificada de una manera vívida. Las ideas se revelan emisoras de atmósferas. Su dinamismo —la dialéctica— sorprende con un modo de presencia inusual, con gesto dramático: "con precisión casi feroz". Tal discurso es como un guión cinematográfico, está escrito para que ocurra ahí, en el espacio y en el tiempo. No importa que sea abstracción. Eso es fuera de este discurso. Acá es encarnación.

Discurso crítico de la imaginación crítica: "por la imaginación —es decir, por nuestra capacidad, inherente a nuestra temporalidad esencial, para convertir en imágenes la continua avidez de encarnar de esa misma temporalidad— podemos salir de nosotros mismos, ir más allá de nosotros al encuentro de nosotros".

Dos observaciones en relación con este párrafo. La primera está referida al planteamiento de fondo. Es hombre es avidez de encarnar y capacidad de satisfacer esta avidez por la vía de convertir en imagen su temporalidad. Un ensayo que trata del hombre, de decirlo en su verdad esencial no puede escribirse sino desde las imágenes, siguiendo el discurso de su temporalidad en trance de ser por la encarnación en imágenes.

La segunda observación está referida al modo de presencia que ostentan las imágenes en este discurso. Hay una oración principal interferida por una larga incidental explicativa que obliga a una lectura que opere por la relación a distancia en un trámite posible-imposible. Entre el sentido inicial y su completación, media una densa incidental sobre la que hay que detenerse, pero que también

hay que dejar atrás o abajo para unir las partes desunidas de la oración principal. O dejas la incidental y te fijas en la principal. O atiendes la incidental y se te pierde el sentido de la principal. La poesía no es esto o lo otro sino esto y lo otro. ¿Cómo se hace posible esto? Por un discurso donde las palabras se revelan siendo encarnación de realidad que encarna sentido. Así la incidental pesa lo suyo y hace sentir su peso y obliga a atenderlo, pero también la principal pesa por lo que dice y por el cómo lo dice, en este caso, por gesto, por acontecer que termina imponiendo su presencia, su evidencia: el ritmo. Esto es patente en el giro discursivo final: "salir de nosotros mismos, ir más allá de nosotros al encuentro de nosotros".

Esta realidad se dice conceptualmente trascendencia, pero se dice estéticamente con el código de la poesía, con palabras que al decirse son, pasan pesando, avanzan quedando. Quedan en la escritura y en la lectura como presencia de hombre y mundo.

"Esta mexicanidad—gusto por los adornos, descuido y fausto, negligencia, pasión y reserva— flota en el aire. Y digo que flota porque no se mezcla ni se funde con el otro mundo, el mundo norteamericano, hecho de precisión y eficacia. Flota, pero no se opone; se balancea, impulsada por el viento, a veces desgarrada como una nube, otras erguida como un cohete que asciende. Se arrastra, se pliega, se expande, se contrae, duerme o sueña, hermosura harapienta. Flota: no acaba de ser, no acaba de desaparecer".

Discurso en busca de darle forma y presencia a lo que es precisamente su negación. Para arrear con "la mexicanidad" se la pone en acción: "flota". Este es el gesto iceberg de una presencia sumergida. Pero el verbo hay que ponerlo en situación para rescatarlo de la abstracción, hay que encarnarlo. Es la manera de rescatar la mexicanidad de la abstracción. La mexicanidad abstracta se rescata por la forma verbal "flota". La forma verbal se rescata por entrar en situación. Una situación-mundo donde se autonomiza la forma, se tienta, se engolosina, se asume lúdica, libre: frontera, límite entre ser y no ser, ambas siendo en trance, en tránsito inacabado.

"Flota en el aire"; "no se mezcla ni se funde con el otro mundo"; "pero no se opone; se balancea, impulsada por el viento, a veces desgarrada como una nube, otras erguida como un cohete que asciende". Trabajo con la imagen en la frontera, casi narcisista, olvidándose de su función "ilustradora" de un concepto. O mejor, entendiendo su misión de otra manera: cuando se atiende en plenitud la imagen, se alumbra de manera más cabal el significado. El ser se explica mejor por el ser que por sus explicaciones. A partir de esta convicción, el discurso asume otra andada más desenvuelta: "Se arrastra, se pliega, se expande, se contrae, duerme o sueña, hermosura harapienta". Liberar a la materia de sus amarras, a la imagen de sus inhibiciones, a los géneros de sus convenciones. Que la realidad se module, se contraste, opte, aventure: Se

entrañe, se extrañe. Esta es la opción de Octavio Paz en su creación ensayística, obra de su imaginación crítica.

Podemos hacer una cala en su discurso para captar el modo de interiorizar en el mexicano. En este capítulo que examinamos, como que primero se hace una aproximación desde afuera, por comparación, que busca ponderar diferencias entre el mexicano y el norteamericano. Luego, en una segunda aproximación, se ve al mexicano en situación viva, rodeado por algo que es más que paisaje, que lo sobrepasa y sobrecoge. Y una tercera aproximación en que se busca al hombre desde adentro de él; como quien dice socavado y sonsacado por una situación límite.

Todo ocurre como una puesta en escena. Lo que dice esta escritura no es una idea, un planteamiento conceptual. Dice el acontecer del hombre y del mundo, concreta e incomprobable. Es una poética de ideas encarnadas en ámbitos abiertos con mayor fluidez témporo-espacial para mejor revelarse.

IV. RAICES DE LO HUMANO

Los libros no se escriben con ideas, parece decir esta escritura. Se conforman con imágenes. Las ideas sirven para ilustrar las imágenes o para suscitarlas; para ser cogidas y llevadas adonde ellas, razonablemente, jamás hubieran llegado. Los libros se escriben con gestos, con situaciones, con aconteceres y escuchando cómo estos aconteceres, situaciones, gestos piden, exigen ser dichos: con rigor y audacia, ruptural y fundante a la vez.

Otra alternativa que dice este discurso: Los libros se escriben con ideas pero de verdad y esto acontece cuando se encarnan. Cuando sucede esto, son inconfundibles y entrañables. Le acompañan a uno. Por éstas los hombres han dado su vida. Con éstas se escribe la historia real.

En relación con este punto Octavio Paz aporta una visión del hombre amplia, de proyecciones ontológicas. Su pensamiento parte buscando el origen del hombre. Su ontogénesis. "Se trata de la situación original y determinante del hombre: el haber nacido. El hombre ha sido arrojado, echado al mundo. Y a lo largo de nuestra existencia se repite la situación del recién nacido: cada minuto nos echa al mundo; cada minuto nos engendra desnudos y sin amparo; lo desconocido y ajeno nos rodea por todas partes".[28]

En una parte sustantiva de su pensamiento dice: "Estamos en falta, porque en efecto algo nos falta: Somos poco o nada frente al ser que es todo. Nuestra falta no es moral: es insuficiencia original. El pecado es poco ser".[29]

Este planteamiento metafísico, preciso, que va a la médula de nuestra entidad, a la raíz de nuestra precariedad, había sido anticipado, en la línea de Heidegger, en estas palabras: "la situación original y determinante del hombre:

el haber nacido. El hombre ha sido arrojado, echado al mundo. Y a lo largo de nuestra existencia se repite la situación del recién nacido: cada minuto nos echa al mundo; cada minuto nos engendra desnudos y sin amparo; lo desconocido y ajeno nos rodea por todas partes... gracias a la experiencia de lo sagrado —que parte del vértigo ante su propia oquedad— el hombre logra asirse como lo que es: contingencia y finitud".[30]

Uno de los centros irradiadores de sentido de lo humano es lo sagrado. Este pensamiento es recurrente en Paz. Deriva de su visión del hombre como carencia y posibilidad, esperanza, deseo de ser: "Para ser, el hombre debe propiciar a la divinidad, esto es, apropiarse de ella: mediante la consagración, el hombre accede a lo sagrado, al pleno ser. Tal es el sentido de los sacramentos, en especial el de la comunión. Y éste es también el objeto último del sacrificio: una propiciación que culmina en una consagración".[31]

El carácter sacramental del mundo y del hombre, de la relación entre ambos y con la divinidad, que ha destacado la teología hispanoamericana contemporánea, está presente en estas ideas de Octavio Paz. También es importante destacar el lugar que le asigna al sacrificio, en que la antropología y la sociología fijan una de las claves para el abordaje del concepto de cultura. Llama la atención la coincidencia entre esta concepción de Paz del pecado como insuficiencia de ser y lo que centenariamente ha cantado la poesía en décimas de nuestros poetas populares.

El sustrato mítico y ritual se hace presente en este pensamiento como realidad sumergida pero activa, aparente ausencia pero efectiva presencia que atiende la vida desde la religión y la poesía. Ambas operan como fuentes reveladoras de sentido, de un *sentido otro*. Esto se manifiesta principalmente en la experiencia de la temporalidad: "En nuestra concepción cotidiana del tiempo, éste es un presente que se dirige hacia el futuro pero que fatalmente desemboca en el pasado. El orden mítico invierte los términos: el pasado es un futuro que desemboca en el presente".[32]

Esta es una idea fundamental a la hora de precisar el pensamiento en cuanto estética, ética y metafísica, en donde la visión de un presente eterno es el horizonte donde se proyectan los sueños de plenitud más caros al poeta. En la base de esta visión está el mito: "Pasado susceptible siempre de ser hoy, el mito es una realidad flotante, siempre dispuesta a encarnar y volver a ser".[33]

La percepción de la realidad de Octavio Paz, sobre todo de la hispanoamericana, está modelada por esta presencia transustancial, fundante de la experiencia religiosa y poética. En relación con esta última dirá: "El ritmo poético es actualización de ese pasado que es un futuro que es un presente: nosotros mismos".[34] Vale decir, el ritmo de lo sagrado circula densificando el presente a través de formas privilegiadas de ser como son la ritualidad de la religión, de la poesía, de la cotidianeidad de cada hombre.

En tono de evocadora nostalgia dirá en relación con una edad del hombre lo siguiente:

"Hubo un tiempo en que el tiempo no era sucesión y tránsito, sino manar continuo de un presente fijo, en el que estaban contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro. El hombre, desprendido de esa eternidad en la que todos los tiempos son uno, ha caído en el tiempo cronométrico y se ha convertido en prisionero del reloj, del calendario y de la sucesión. Pues apenas el tiempo se divide en ayer, hoy y mañana, en horas, minutos y segundos, el hombre cesa de ser uno con el tiempo, cesa de coincidir con el fluir de la realidad. Cuando digo "en este instante", ya pasó el instante. La medición espacial del tiempo separa al hombre de la realidad, que es un continuo presente, y hace fantasmas a todas las presencias en que la realidad se manifiesta, como enseña Bergson".[35]

La reflexión sobre el tiempo nos lleva a una inmersión en la historia, en la transhistoria del hombre, en la línea de su sentido, escrita con la cadena de sus encuentros. Los encuentros más densos y gratificantes son aquellos en que coincide el transcurrir del hombre con el "manar continuo de un presente fijo". Es un encuentro del hombre con su libertad, con su plenitud, con su eternidad. Cuando todos los tiempos son uno todos los hombres son uno, su identidad es ejercicio de la unidad plural. Cuando el tiempo se divide, se hace cronometría, el hombre se escinde de él y del mundo y de su sentido.

"El tiempo mítico, al contrario, no es una sucesión homogénea de cantidades iguales, sino que se halla impregnado de todas las particularidades de nuestra vida: es largo como una eternidad o breve como un soplo, nefasto o propicio, fecundo o estéril".[36]

El tiempo cronométrico adelgaza y segmenta o sea, homogeneiza la duración; la acelera, desmenuza y esteriliza. El tiempo mítico fecunda, diversifica, encarna la realidad proteiforme de lo humano original. Uno de estos encuentros del hombre con este tiempo primordial, como lo llama Eliade, es la fiesta. No nos detendremos en lo que dice al respecto en *El laberinto de la soledad*, pero sí recordar estas palabras:

"La fiesta... abre en dos al tiempo cronométrico para que, por espacio de breves horas inconmensurables el presente eterno se reinstale. La fiesta vuelve creador el tiempo. La repetición se vuelve concepción. El tiempo engendra. La Edad de Oro regresa".[37]

Toda cultura viva arbitra esta temporalidad para reciclar la vida con la experiencia de una realidad más densa y plena que le hace recordar un tiempo de origen, de duración no gastada ni cansada, de una parte, y, de otra, que le hace vislumbrar una posibilidad de ser en verdad en un futuro posible, asible. Toda cultura que se respeta respeta sus espacios, tiempos, aconteceres sagrados, rituales, festivos. Cuando esto no ocurre, adviene la decadencia y la muerte, pero esta "realidad flotante" que es el mito se hace siempre presente a

lo largo de la itinerancia humana.

"Toda sociedad moribunda o en trance de esterilidad tiende a salvarse creando un mito de redención, que es también un mito de fertilidad, de creación. Soledad y pecado se resuelven en comunión y fertilidad".[38] La experiencia humana capital es el encuentro con la comunión y la fertilidad tras una larga itinerancia: "Los estados de extrañeza y reconocimiento, de repulsión y fascinación, de separación y reunión con lo Otro, son también estados de soledad y comunión con nosotros mismos. Aquel que de veras está a solas consigo, aquel que se basta en su propia soledad, no está solo. La verdadera soledad consiste en estar separado de su ser, en ser dos. Todos estamos solos, porque todos somos dos. El extraño, el otro, es nuestro doble. Una y otra vez intentamos asirlo. Una y otra vez se nos escapa. No tiene rostro, ni nombre, pero está allí siempre, agazapado. Cada noche, por unas cuantas horas, vuelve a fundirse con nosotros. Cada mañana se separa. ¿Somos su hueco, la huella de su ausencia? ¿Es una imagen? Pero no es el espejo sino el tiempo, el que lo multiplica. Y es inútil huir, aturdirse, enredarse en la maraña de las ocupaciones, lo quehaceres, los placeres. El otro está siempre ausente. Ausente y presente. Hay un hueco, un hoyo a nuestros pies. El hombre anda desaforado, angustiado, buscando a ese otro que es él mismo. Y nada puede volverlo en sí, excepto el salto mortal: el amor, la imagen, la Aparición".[39]

Como en el código de los místicos, Octavio Paz busca la conciliación de lo uno y lo otro, de la ausencia y la presencia, del otro y él mismo, de la muerte y la vida, haciendo posible que el otro se funda con el yo, que la muerte se trasmute en vida. Volver en sí se logra saliendo de sí, por el salto mortal a la otredad donde encontrarse en verdad, en tres instancias: el amor, la imagen, la Aparición. Ahí, dirá, en otra parte "se conjugan sed y satisfacción: Somos simultáneamente fruto y boca, en unidad indivisible".[40]

Graficando la itinerancia humana tras el sentido, Octavio Paz tienta diversas maneras de encarnar su concepción del hombre. Palabra humana, presencia y ausencia al fin, el misterio no se aprehende con redes conceptuales. Este itinerario Paz lo dice en este acercarse a un decir que perpetuamente se fuga como aprehensión de la experiencia de encuentro y como expresión aprehensible por los otros. Doble dificultad: la aprehensión del otro, del doble, y la aprehensión de la comprensión del otro de los otros. La prosa obliga al pago de este tributo o peaje o abdicación. En este patético afán de decir recordamos estas palabras: "El hombre no es una cosa y menos aún una cosa estática, inmóvil, en cuyas profundidades yacen estrellas y serpientes, joyas y animales viscosos. Flecha tendida, rasgando siempre el aire, siempre adelante de sí, precipitándose más allá de sí mismo, disparado, exhalado, el hombre sin cesar avanza y cae, y a cada paso es otro y él mismo. La "otredad" está en el horizonte mismo. Desde esta perspectiva de incesante muerte y resurrección, de unidad

que se resuelve en "otredad" para recomponerse en una nueva unidad, acaso sea posible penetrar en el enigma de la "otra voz".[41]

El pensamiento de Paz se nutre una vez más de la experiencia, de la bibliografía escrita por la vida. De esta fuente se desprenden tres instancias: la sensación, el sentimiento, la conciencia. El recorrido desemboca en la soledad en un doble significado: tener conciencia de sí y deseo de salir de sí o al revés, salir de sí para vivir en plenitud en sí. En eso termina su pensamiento con esta propuesta abierta y optimista:

"La plenitud, la reunión, que es reposo y dicha, concordia con el mundo, nos esperan al fin del laberinto de la soledad".[42]

Para llegar a esto se ha debido hacer un camino desde lo exterior a lo interior, dejando atrás las máscaras y las adherencias en donde encallan y desde donde vive la sociedad moderna, alejada de su ser que se revela en la poesía:

"Lo que llamamos ideas y opiniones constituyen los estratos más superficiales de la conciencia. El poema se nutre del lenguaje vivo de una comunidad, de sus mitos, sus sueños y sus pasiones, esto es, de sus tendencias más secretas y poderosas".

En esta dirección orienta su búsqueda de la identidad Octavio Paz. Busca dejar atrás las modas y los modos de ser-no ser históricos y avanza su búsqueda más allá del "mundo de aquí".

"El "mundo de aquí" está hecho de contrarios relativos. Es el reino de las explicaciones, las razones, los motivos. Sopla el gran viento y se rompe la cadena de las causas y los efectos. Y la primera consecuencia de esta catástrofe es la abolición de las leyes de gravedad, naturales y morales".[43]

Se trata de la esperanza de otro mundo, que signifique un paso más allá del "mundo de aquí". Tal vez una utopía. La revelación de las fuerzas creadoras de la vida, son otras leyes que las que patentizan la presencia de la pesantez de la gravedad. El hombre, es el ser deseante en radicalidad, deseante de su raíz, desde su raíz: "la voz del deseo es la voz misma del ser, porque el ser no es sino deseo del ser".[44]

La otredad nos constituye, dice Octavio Paz. Tras ella vamos, tras la esperanza de llegar a ser, dejando atrás lo que obsta, dejándose atrás: "ser uno mismo es, siempre, llegar a ser ese otro que somos y que llevamos escondido en nuestro interior, más que nada, promesa o posibilidad de ser".[45]

La conquista de este ideal, según Paz, pasa por superar los errores, las falacias de la historia: "ser nosotros mismos será oponer al avance de los hielos históricos el rostro móvil del hombre. Tanto mejor si no tenemos recetas ni remedios patentados para nuestros males. Podemos obrar al menos con sobriedad y resolución".[46] Frecuentemente, en el ideal humano de Octavio Paz el componente moral está presente de una manera determinante. El

anquilosamiento se dice aquí "hielos históricos". La delegación del libre albedrío se significa con imágenes de la producción en serie de paliativos para llegar, sin rebelión, al hombre en serie. Frente a esto, Paz recomienda la escritura de la historia desde el hombre. Escritura que se objetiva en "el rostro móvil del hombre", que se logra cuando se retiene y desarrolla la capacidad "de pensar y obrar con sobriedad y resolución".

Por esta vía se puede esperar la creación de un mundo nuevo: donde la libertad, el respeto, la transparencia, la paz imperen: "donde no imperen ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avidez sin escrúpulos, la violencia y la simulación. Una sociedad, también, que no haga del hombre un instrumento y una dehesa de la ciudad. Una sociedad humana". [47]

Este ideal de sociedad nunca alcanzado a cabalidad es reescrito muchas veces, nunca termina de escribirse. Es el rostro móvil del hombre, de la sociedad, siempre buscando escribir una otredad siempre proteica, con que llenar el vacío siempre menesteroso de completación. Como que la otra mitad, perdida y afanosamente buscada, es bastante más que la mitad. Mayor motivo para buscarla bajo todos los soles sin descanso, sin desfallecimiento. A este respecto dirá: " Todas las empresas del arte moderno se dirigen a restablecer diálogo con esa mitad. El auge de la poesía popular, el recurso al sueño y al delirio, el empleo de la analogía como llave del universo, las tentativas por recobrar el lenguaje original, la vuelta a los mitos, el descenso a la noche, el amor por las artes de los primitivos, todo es búsqueda del hombre perdido". [48]

En esta búsqueda la poesía tiene un papel fundamental. Para Octavio Paz es el núcleo de su proyecto para revelar la identidad, para un encuentro con el hombre real, donde el poema nos revela lo que somos y nos invita a ser eso que somos, porque en la creación aflora a la conciencia la parte más secreta de nosotros mismos. La poesía es "un sacar a la luz ciertas palabras inseparables de nuestro ser".

Fundamental aparece en este planteamiento esta operación de revelación de las raíces del ser. Una operación que desborda con mucho los propósitos y la capacidad del consciente. Hay, se puede decir con Eliade, una participación del trasconsciente, para alumbrar lo que se es y un aporte a la voluntad de ser desde otra escala y dimensión.

Coincidiendo con Bachelard, la emergencia de la imagen asume la emergencia del ser. Paz lo dirá así: "el hombre se imagina; y al imaginarse se revela".[49] Esto opera por medio de la poesía que es la gran mayéutica: "la poesía es revelación de nuestra condición y, por eso mismo, creación del hombre por la imagen. La revelación es creación".[50]

La imagen revela y crea al hombre: "Razón e imaginación ("trascendental", "primordial") no son facultades opuestas: la segunda es el fundamento de la primera y lo que permite percibir y juzgar al hombre". Semejante al rol que

Sperber le atribuye al símbolo ("dispositivo simbólico"), Octavio Paz le asigna a la imaginación un lugar determinante en el operar humano: "En suma, la imaginación es, primordialmente, un órgano de conocimiento puesto que es la condición necesaria de toda percepción; y, además, es una facultad que expresa, mediante mitos y símbolos, el saber más alto".[51]

De esta forma la poesía le abre al hombre una vía al encuentro con su identidad, le alumbra una presencia suya y del mundo, una red de correspondencias entre ambos que le reivindica su calidad trascendente, habitante de la frontera del misterio:

"En el flujo de nuestras pasiones y quehaceres (escindidos siempre, siempre yo y mi doble y el doble de mi otro yo), hay un momento en que todo pacta. Los contrarios no desaparecen, pero se funden por un instante".[52]

Este instante privilegiado en que se encuentran las dos mitades acontece en la poesía como experiencia humana excepcional. Acontece como escritura y como lectura. En ambas situaciones hay revelación y creación de humanidad como encuentro radical, integral:

"La lectura del poema ostenta una gran semejanza con la creación poética. El poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen, poesía". El hombre se crea "a sí mismo al crear lenguaje. Por la palabra, el hombre es una metáfora de sí mismo".[53]

Al crear el hombre se crea. El poema abre el infinito y el misterio. Se los abre al hombre al crear. Al leer, el hombre se abre. Al abrirse se encuentra con su otra mitad, la de la otra orilla. Al encontrarse ella ya no es otra. El hombre ya es otro. O sea, es él, en verdad.

Estamos en la utopía. Nos movemos entre la nostalgia y la utopía. En el arte, en la vida. Lo que acontece con la poesía también ocurre con la vida en el acto plenificante del amor. Aquí también todo pacta: la vida y la muerte, el nacer y el morir. "¿Quizá nacer sea morir y morir, nacer? Oscuramente sabemos que vida y muerte no son sino dos movimientos, antagónicos pero complementarios, de una misma realidad. Creación y destrucción se funden en el acto amoroso; y durante una fracción de segundos el hombre entrevé un estado más perfecto.

En nuestro mundo el amor es una experiencia casi inaccesible. Todo se opone a él: moral, clases, leyes, razas y los mismos enamorados".[54]

En el amor convergen a la cotidianeidad, la religión y la poesía. Lo trivial deja de serlo, lo trascendente desciende y encarna en la experiencia diaria o el hombre asciende a la dimensión de lo trascendente. Maravilla de la vida, en el acto amoroso se borran las diferencias de raza, dinero y clase. Más bien acontece el mundo al revés. Quienes tienen acceso más limpio y libre y gratificante son los marginados y postergados del reino de este mundo. El amor —no la pornografía— es la experiencia que mantiene la vida en la línea de frontera de esto y lo otro. Encuentro de lo masculino y lo femenino, es encuentro

de lo inmanente y trascendente, de lo sagrado y lo profano, apertura a lo otro para encontrarse con el sí mismo más entrañado, infinito y contingencia a la vez. Octavio Paz lo dice con estas palabras: "El amor es uno de los más claros ejemplos de ese doble instinto que nos lleva a cavar y ahondar en nosotros mismos y, simultáneamente, a partir de nosotros y realizarnos en otro: muerte y recreación, soledad y comunión".[55]

El eje muerte-vida que ilumina el paradigma de la cultura tradicional está presente en esta concepción del amor. Entre éste, la poesía y la religión hay un puente que los une y a lo largo del tiempo le indicia al hombre acerca del sentido de su origen y de su destino.

Frente a estas tres experiencias capitales de encuentros, la modernidad está en deuda: "La revolución moderna ostenta un rasgo que la hace única en la historia: su impotencia para consagrar los principios en que se funda... y como al sacrilegio no sucedió la consagración de nuevos principios, se produjo un vacío en la conciencia. Ese vacío se llama el espíritu laico o la neutralidad. Ahora bien, ahí donde mueren los dioses, nacen los fantasmas."Nuestros fantasmas son abstractos e implacables".[56] Estos fantasmas para Paz son la nación, el Estado y la técnica, derivaciones regresivas de Patria, Señor, magia.

Respecto de la revolución, Octavio Paz dirá: "lo que distingue la revolución de la edad moderna de las antiguas... (es) la imposibilidad de consagrar al hombre como fundamento de la sociedad y esta imposibilidad de consagración se debe a la índole misma del instrumento empleado para derribar a los antiguos poderes: el espíritu crítico, la duda racional... La crítica es su alimento y su veneno".[57]

En este punto Paz señala dos hechos fundamentales en la historia del hombre. Habla de dos saltos mortales por los que ha ido más allá de todo lo que lo rodea: "gracias al primero abandonó el mundo natural, dejó de ser animal y se puso de pie: contempló la naturaleza y se contempló. Al dar el segundo, regresaría a la unidad original, pero sin perder la conciencia sino haciendo de esta el fundamento real de la naturaleza".[58]

¿Cómo se ha realizado este proyecto de la modernidad?

El trabajo ha sido llevado a un lugar central. Se lo ha sentido como dilemático y entre trabajar para vivir o vivir para trabajar, se ha optado, sin retorno, por esto último.

"El trabajo, el único dios moderno, ha cesado de ser creador. El trabajo sin fin, infinito, corresponde a la vida sin finalidad de la sociedad moderna".[59]

Al ser lo único a que se dedica el hombre y al no ser creador condena al trabajador a la unidimensión, a la esterilidad. Lo condena a ser el Sísifo de los nuevos tiempos.

Aliada en esta empresa es la técnica:

"El hombre moderno se sirve de la técnica como su antepasado de las

fórmulas mágicas, sin que ésta, por lo demás, le abra puerta alguna. Al contrario, le cierra toda posibilidad de contacto con la naturaleza y con sus semejantes: la naturaleza se ha convertido en un complejo sistema de relaciones causales en el que las cualidades desaparecen y se transforman en puras cantidades; y sus semejantes han dejado de ser personas y son utensilios, instrumentos. La relación del hombre con la naturaleza y con su prójimo no es esencialmente distinta de la que mantiene con su automóvil, su teléfono o su máquina de escribir".[60]

Bloqueo de la naturaleza, bloqueo del hombre, autismo, solipsismo son condiciones en que vive el hombre moderno, en adelgazamiento, depauperación de su naturaleza. Materialismo, consumismo proyectado a consumirse consumiendo, es el horizonte que ofrece la modernidad. Que ofrece e impone a nivel planetario.

El proyecto humano de Octavio Paz pasa por encontrar en el hombre y en el mundo una alternativa de unidad que abra un diálogo infinito, revelador, creador de ser. Frente a esto en la sociedad moderna se ausculta esta actitud:

"El dualismo inherente a toda sociedad, y que toda sociedad aspira a resolver transformándose en comunidad, se expresa en nuestro tiempo de muchas maneras: lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido; lo ideal y lo real, lo racional y lo irracional; lo bello y lo feo; el sueño y la vigilia, los pobres y los ricos, los burgueses y los proletarios; la inocencia y la conciencia, la imaginación y el pensamiento. Por un movimiento irresistible de su propio ser, la sociedad tiende a superar este dualismo y a transformar el conjunto de solitarias enemistades que la componen en un orden armonioso. Pero la sociedad moderna pretende resolver su dualismo mediante la supresión de esa dialéctica de la soledad que hace posible el amor. Las sociedades industriales —independientemente de sus diferencias "ideológicas", políticas o económicas— se empeñan en transformar las diferencias cualitativas, es decir: humanas, en uniformidades cuantitativas. Los métodos de la producción en masa se aplican también a la moral, al arte y a los sentimientos. Abolición de las contradicciones y de las excepciones..."[61]

He aquí un punto fundamental en el pensamiento de Octavio Paz. Su crítica va a lo esencial: a la represión de lo humano que ha operado la sociedad industrial: el paso de las diferencias cualitativas a uniformidades cuantitativas. Esto ha sido denunciado por la filosofía contemporánea. Pero la cobertura que le da Paz y su proyección a la cotidianeidad es excepcional. También su modo de encarnación expresiva, su unicidad, lo que le da el gesto de lo vital, que siempre es inédito, siempre es inaugural. Así lo que había dicho antes en un despliegue escénico de dualidades y que recogía magistralmente en una enumeración trimembre, en otra parte lo proyecta hacia una zona metafísica con certera penetración:

"El árido mundo actual, el infierno circular, es el espejo del hombre

cercenado de su facultad poetizante. Se ha cerrado todo contacto con los vastos territorios de la realidad que se rehúsan a la medida y a la cantidad, con todo aquello que es cualidad pura, irreductible a género y especie: la sustancia misma de la vida".[62]

Lo sustantivo está aquí acotado en forma insuperable por la estrategia discursiva elegida: la encarnación. Por ello las imágenes imantan dialécticamente el planteamiento: "el infierno circular" frente "a los vastos territorios de la realidad".

Retornando a su vertiente original, el visionar de Paz es irrenunciablemente optimista, a pesar de los tiempos malos que nos toca vivir. Así, su diagnóstico sobre el desenlace de la humanidad es un acto de fe en el hombre, en lo más alto y hondo de su espíritu:

"La lucha entre prosa y poesía, consagración y análisis, canto y crítica, latente desde el nacimiento de la sociedad moderna, se resuelve por el triunfo de la poesía... Pero la victoria de la poesía es la señal de la extinción de la edad moderna".[63]

¿Estamos ante el cambio inminente más que de un siglo, de un milenio, de una era? El poder de lo espiritual, de lo cualitativo, de lo invisible, ¿se revelará más poderoso que lo material, cuantitativo, visible que hoy nos señorea?

El tiempo dirá si Octavio Paz tenía razón al hacer este vaticinio. Pero no es necesario esperar aquello para ponderar su agudeza y coraje para escribir lo que ha escrito. "¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo se siente?" preguntaba Quevedo. Podríamos agregar: cuando se siente bien, se piensa bien y se dice bien. Se dice el bien, para el bien. Es una bendición que tengamos esta especie de palabra entre nosotros, que dice lo de nosotros. Nos lo revela, nos lo crea. Nos impulsa a creernos, a crearnos.

Sentido lo mexicano y en lo mexicano lo hispanoamericano, ¿qué le revela acerca de su identidad?

V. ENCUENTRO E IDENTIDAD EN AMERICA

El encuentro es la experiencia humana, valga la redundancia, más humanizadora. La consolidación del ser ocurre en la confesión de su precariedad, de su carencia; en su encuentro con esta verdad. En este recuento acontece también la revelación de sus potencialidades. La autoconfesión de su insuficiencia le patentiza sus vínculos con el ser. Esta estructura radical se le evidencia presente, explícita o latente, en el universo entorno: en el otro (el hombre), en lo otro (el mundo), en Lo Otro (Dios). Tal otredad se transparenta no cerrada y hostil, sino abierta e invitante. El encuentro es la experiencia por la que el ser se siente, se conoce y se asume en verdad, en su vocación de inmanencia y

trascendencia, dos movimientos ontológicos complementarios.

El encuentro revela la realidad en trance permanente de apertura y disponibilidad y restituye a la experiencia la alegría, el asombro y el entusiasmo de ser-estar en el mundo. En este sentido es una experiencia radical que le reivindica al hombre sus raíces y sus proyecciones reales. La experiencia del encuentro abre al hombre a sentir el tejido relacional que lo constituye en lo material, lo psíquico y lo espiritual. Le patentiza la diligencia con que este tejido de círculos concéntricos que lo rodea, no lo incita a cerrarse sino a abrirse para percibir. Recibir esta situación es acordarse con el movimiento del dar, del participar lo que se es, porque en la participación acontece la revelación del ser. Vivir es acusar recibo de estar rodeado por esta lógica de círculos concéntricos que me asisten con la dación de su ser. Este círculo es el horizonte que se prolonga al infinito hacia afuera y hacia adentro, en el antes y en el después.

El descubrimiento de la identidad ocurre en esta experiencia capital. A quinientos años del descubrimiento de América, ¿será posible detectar un acontecimiento en que el pueblo iberoamericano haya tenido esta experiencia? ¿La hubo pero se perdió en los recodos de la historia, sin que de ella queden rastros? ¿Todo este trayecto lo recuenta la memoria colectiva sólo como cadena de desencuentros? Pensamos que en el acontecer recóndito, en repliegues, por escondidos entrañados, hay ámbitos donde el ser americano se ha encontrado, se sigue encontrando consigo mismo, con la comunidad, con la naturaleza, con Dios.

Pero este encuentro es una itinerancia que recién comienza. 500 años en la vida de los pueblos no es poco pero no es suficiente para encontrarlos con su identidad. En el mestizo hay un aborigen que se encubre para no ser visto, para no ser descubierto; que da por muerta su condición pre-colombina. Pero también hay un español que encubre su condición socio-cultural, su precariedad de origen.

Está el que se encubre hacia abajo, se subestima, se "ningunea". Registra la diferencia como inferioridad. No se autoriza a ser. Acepta ser ninguno. Y está el que se encubre hacia arriba, se exalta, se desborda a través de la máscara, el disfraz, el coturno. Se autoriza a ser lo que no es, asumiendo el expediente del "arribismo".

En medio de ambos, en la tierra de nadie de la ambigüedad, el mestizo nace y crece en la inseguridad que da la experiencia de no asumir la identidad.

La diferencia no asumida, no asumible respecto del otro que hay en él, que hay en los otros, respecto del mundo y de Dios, se deja sentir en diversos órdenes. Resiente la experiencia humana general, en este continente. En la sensibilidad opera como un factor interferente que altera y disminuye el voltaje y la amplitud del diálogo de los sentidos con los códigos expresivos del entorno natural y cultural. Los sentidos no aportan al sentido, no se constituyen en el

espacio de encuentro entre el hombre y los otros y lo otro. No se les asigna la cota de credibilidad que los constituya en testimonio patentizador de lo que es ahí, aquí, en este mundo.

En la afectividad, no se atiende al sentir. Los llamados de la cordialidad no son atendidos y con ello no es entendido el sentir de otro modo, del otro mundo, por el que busca revelarse el otro nivel de la realidad: el del corazón y sus razones que la razón no comprende. Con esto un enorme caudal de sentimiento de hombre y de mundo queda desechado: El capital más valioso de este lado del mundo.

En la inteligibilidad, hay un discernimiento menoscabado que no despliega el comprender buscando la integración entre acción y contemplación, entre roles agentes y pacientes. Un discernimiento desanimado por una larga tradición de acatamiento a modos de pensar que inhiben dar cuenta de los disentimientos, de las perplejidades inéditas. No hay licencia para la duda original, que es vista como torpeza, debilidad, desinstalación.

En la imaginación, en el sueño y el ensueño, acontece la emergencia del ser hispanoamericano como expresión y como creación. Como rescate y revelación de materiales para armar el proyecto-trayecto que le permite llegar a la otra orilla. En lo imaginativo acontece la instancia para la experiencia de encuentro con la identidad plural de cada uno, en condiciones de flexibilidad, fluidez, reacomodo que inste a la vida a ser desde su vocación originaria.

El arte de vivir en la cotidianeidad, en el ritual, en la creación artística moderna y tradicional, docta y popular, lleva de la mano al mestizo a la experiencia de ser en la frontera, a sentirse en una cultura de frontera, en "entre" de hombre y mundo, de lo sagrado y lo profano, para, desde aquí, preguntarse por la peculiaridad del *homo americanus*, interpelado por lo humano, lo mundano, lo divino.

Esta experiencia de frontera lo convoca a experimentarse como habitante o deshabitante de la realidad otra latinoamericana y a discernir entre su condición de habitante del mito de la realidad o de la realidad otra del mito. A reconocerse como sujeto u objeto de la historia. Su inmersión en el acontecer de la temporalidad le permitirá sentir esencial o periférico su estar al margen de la historia (llegando atrasado o quedando fuera); su estar al interior de la historia (adentrado en ella o recién llegando a sus inmediaciones); su estar en el acontecer incierto de una otredad no aceptada, no asumida (tierra de nadie no reconocida como real por alguien que se reconoce nadie).

Historia, Intrahistoria, Transhistoria son realidades que se entreveran en la América mestiza y que aportan a la experiencia del habitar la frontera, a la frontera del habitar, otro tiempo, otro espacio, otro acontecer, otro personaje.

El rastro de la identidad pasa por el levantamiento de su modo de vivir, de su arte de vivir, significado por su arte de modular expresión, comunicación,

creación.

Arte este de América mestiza de la cultura de la pobreza, de la precariedad que exige para su revelación el seguimiento de la experiencia dialógica del hombre con el mundo para encontrarse en verdad con las cosas de este mundo, con el mundo de estas cosas.

El arte de modular el camino para asumir el encuentro con lo cósmico, lo humano, lo transhumano que reencuentre con la raíz y con la proyección fundante de una cultura. Esto implica descubrir en nuestro caso el tejido existencial del nosotros más allá del ego-centrismo, del etno-centrismo, del euro-centrismo. Implica también descubrir el otro de nosotros, de lo nuestro: lo extraño entrañado. Y descubrir el nosotros del otro: lo nuestro entrañado en el mundo, en la comunidad.

Este viaje a la semilla significa avanzar la línea de frontera para descubrir los trazos de persona, de sujeto que hay en nuestros pueblos. Descubrir a los otros por los signos de comunidad que hay en mí, por los rasgos del yo que lleva la comunidad. Descubrir al mundo por las escrituras que traslucen una realidad estructurada por analogías, correspondencias, por una parentalidad profunda que revela, al misterio en mí, en el mundo.

En relación con este ámbito dice Octavio Paz: "El mexicano no quiere o no se atreve a ser el mismo".[64] El miedo a ser lastra toda su experiencia. "Esclavos, siervos y razas sometidas se presentan siempre recubiertos por una máscara sonriente o adusta. Y únicamente a solas, en los grandes momentos, se atreven a manifestarse como son. Todas sus relaciones están envenenadas por el miedo y el recelo. Miedo al Señor, recelo ante sus iguales".[65]

Esta situación de pueblo sometido afecta a la identidad en términos de lesionar su originalidad, bloqueando su creatividad: "Nueva España no busca ni inventa: aplica y adapta. Todas sus creaciones, incluso las de su propio ser, son reflejo de las españolas... (El catolicismo) ofrece una filosofía hecha, una fe petrificada, de modo que la originalidad de los nuevos creyentes no encuentra ocasión de manifestarse. Su adhesión es pasiva. El fervor y la profundidad de la religiosidad mexicana contrasta con la relativa pobreza de sus creaciones. No poseemos una gran poesía religiosa, como no tenemos una filosofía original, ni un solo místico o reformador de importancia".[66]

En la base de esto hay una situación: "la cuestión del origen es el centro secreto de nuestra ansiedad y angustia".[67] En este origen hay una ausencia y una presencia. Ausencia paterna. Presencia materna.

En relación al primer punto dice Paz: "El "macho" es el gran chingón". Una palabra resume la agresividad, la impasibilidad, la invulnerabilidad, uso descarnado de la violencia, y de más atributos del "macho": poder. La fuerza, pero desligada de toda noción de orden: el poder arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce".[68]

La lesión del ser radica así "en la violenta, sarcástica humillación de la madre y la no menos violenta afirmación del padre".[69]

Este padre "viene de lejos, está lejos siempre. Es el extraño. Es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del "macho" con la del conquistador español".[70]

Por esto no hay en la religiosidad un culto al Dios padre, en cambio "El mexicano venera al Cristo sangrante y humillado, golpeado por los soldados, condenado por los jueces, porque ve en él la imagen transfigurada de su propio destino".[71]

Junto a esta identificación ocurre otra. A la figura de Cristo se une la de la Virgen María. Con ella hay un vínculo profundo por el cual alienta la identidad como experiencia de pertenencia. "No se trata ya de asegurar las cosechas sino de encontrar un regazo. La Virgen es el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos. En suma, es la Madre de los huérfanos... Madre Universal, la Virgen es también la intermediaria, la mensajera entre el hombre desheredado y el poder desconocido, sin rostro: El Extraño".[72]

La violación consumada por el extraño español se sigue consumando hoy por otros extraños. Esto ha determinado el desgaste de las huellas digitales con que se testimonia la identidad. Este acontecer áspero, inhóspito las gasta, las borra: "El mexicano no quiere ser ni indio ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y eso no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. El empieza en sí mismo".[73] Al proceder de esta forma niega su origen. Al negar su raíz, se niega como proyección en el tiempo largo de la historia. O traslada su temporalidad a una duración de otra índole.

Octavio Paz critica esta desatención a las raíces de nuestros Estados Nacionales. Su falta de arraigo es también falta de horizontes. Pero sobre todo de hondura para darle al hombre una cobertura cabal, integral: "El Estado mexicano proclama una concepción universal y abstracta del hombre: la República no está compuesta por criollos, indios y mestizos, como con gran amor por los matices y respeto por la naturaleza heteróclita del mundo colonial especificaban las Leyes de Indias, sino por hombres a secas y a solas".[74]

Esta condición de "hombres a secas y a solas" implica una represión, un empobrecimiento existencial en relación con la colonia donde se dio "la posibilidad de pertenecer a un orden vivo"; "la sociedad colonial es un orden hecho para durar. Quiero decir, una sociedad regida conforme a principios jurídicos, económicos y religiosos plenamente coherentes entre sí y que establecían una relación viva y armónica entre las partes y el todo. Un mundo suficiente y cerrado al exterior pero abierto a lo ultraterreno".[75]

Es admirable la visión y anticipación con que Paz lee la historia de América. Es alumbradora, su perspectiva, de realidades de fondo. Con estos aportes es

con los que se escriben los momentos valiosos de los pueblos, los que testimonian de su identidad: "la creación de un orden universal, logro extraordinario de la colonia, sí justifica a esa sociedad y la redime de sus limitaciones. La gran poesía colonial, el arte barroco, las Leyes de Indias, los cronistas, los historiadores y sabios, en fin, la arquitectura novohispana, en la que todo, aún los frutos fantásticos y los delirios profanos, se armoniza bajo un orden tan riguroso como amplio, no son sino reflejos del equilibrio de una sociedad en la que también todos los hombres y todas las razas encontraban sitio, justificación y sentido".[76]

Este tipo de orden permite el avance cualitativo de la especie, porque se lo ve atendiendo lo material, lo psíquico y lo espiritual; se lo ve con los ojos de la experiencia estética donde arte y vida se retroalimentan y se lo ve desde una ética que privilegia el avance de la humanidad como instancia de encuentro con el sentido.

Sin embargo, a este orden lo afecta una falla estructural. Esta impide que la identidad encarne en una forma vital creadora, crecedora. Esta está ausente de la experiencia histórica. Octavio Paz habla de esta realidad como "una forma a veces superpuesta o indiferente a la realidad que la sustenta".[77] En el caso del catolicismo, señala que fue "una religión superpuesta a un fondo original y siempre viviente". Esta es una de las causas por la que Paz ve que "Religión y tradición se nos han ofrecido siempre como formas muertas, inservibles, que mutilan o asfixian nuestra singularidad... No es sorprendente en estas circunstancias la persistencia del fondo precortesiano. El mexicano es un ser religioso y su experiencia de lo sagrado es muy verdadera, mas ¿quién es su Dios: las antiguas divinidades o Cristo?".[78] Frontera religiosa que afecta la estructura metafísica del mexicano, a lo mejor su raíz está en busca de una realidad trascendente sincrética que no es ni la indígena ni la cristiana sino una tercera que concilia ambas.

Esta vocación de forma sustancial define, para Octavio Paz, al ser mexicano. "Toda la historia de México, desde la Conquista hasta la Revolución, puede verse como búsqueda de nosotros mismos, deformados o enmascarados por instituciones extrañas, y de una forma que nos exprese".[79]

De nuevo Paz señala un momento privilegiado de encuentro del mexicano con su forma, como antes lo había hecho con el orden. Esta vez entregando una notable riqueza de elementos que ilustran su concepto de forma como matriz de identidad: "la sociedad colonial logra convertirse por un momento en un orden. Forma y sustancia pactan. Entre la realidad y las instituciones, el pueblo y el poder, el arte y la vida, el individuo y la sociedad, no hay un muro o una fosa sino que todo se corresponde y unos mismos conceptos y una misma voluntad rigen los ánimos... mundo y trasmundo, vida y muerte, acción y contemplación, son experiencias totales y no actos o conceptos aislados. Cada fragmento participa

de la totalidad y está viva en cada una de las partes".[80]

Pero, precisa Paz, esta forma implica una vuelta a la vida prenatal, "pasiva, neutra y satisfecha". Frente a esto "la Independencia, la Reforma y la Dictadura son distintas, contradictorias fases de una misma voluntad de desarraigo. El siglo XIX debe verse como ruptura total con la forma... ni el catolicismo, cerrado al futuro, ni el liberalismo, que sustituía al mexicano concreto por una abstracción inánime, podían ser esa Forma buscada, expresión de nuestros quereres particulares y de nuestros anhelos universales".[81]

Como conclusión Octavio Paz nos dice: "los mexicanos no hemos creado una forma que nos exprese. La mexicanidad, así, es una manera de no ser nosotros mismos, una reiterada manera de ser y vivir otra cosa"; "No hemos encontrado aún esa (forma) que reconcilie nuestra libertad con el orden, la palabra con el acto y ambos con una evidencia que ya no será sobrenatural, sino humana: la de nuestros semejantes... vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del ninguneo: el de la sociedad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila".[82]

Entradas, calas en lo individual y en lo social, en la rutina, en la cotidianeidad, en lo ritual nos entregan datos certeros, dolorosos; patentizan nuestros cánceres; desnudan nuestras intimidades vergonzantes; buscan nuestra lucidez intelectiva y nuestra salud moral. Así, de la independencia se expresa en los términos siguientes: "los grupos que encabezaron el movimiento de independencia no constituían nuevas fuerzas sociales sino la prolongación del sistema feudal. La novedad de las nuevas naciones hispanoamericanas es engañosa; en verdad se trata de sociedades en decadencia o en forzada inmovilidad, supervivencias y fragmentos de un todo deshecho".[83]

Examinadas diversas épocas de la historia de América, llega a esta conclusión trágica: "La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza a zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad. Durante más de cien años hemos sufrido regímenes de fuerza, al servicio de las jerarquías feudales, pero que utilizan el lenguaje de la libertad. Casi todos piensan, con un optimismo heredado de la Enciclopedia, que basta con decretar nuevas leyes para que la realidad se transforme".[84]

Estas palabras reflejan una lectura vertical de la realidad de Hispanoamérica. Como en acorde, los niveles de la Historia, de la Intrahistoria y de la Transhistoria entregan el son de los males que centenariamente nos afectan. También el son de las zonas donde alienta la vida y la esperanza.

En esta perspectiva es ilustrativo el espacio de oposición que percibe Paz en la historia de América entre la realidad y los intelectuales que pretenden conocerla e interpretarla, una fase más de la esquizofrenia que afecta al ser de América. En este caso, la imposibilidad de convergencia del saber oficial y de la

sabiduría de las comunidades. Este se proyecta simbólicamente, en la figura de Zapata: "Su programa contenía pocas ideas, estrictamente las necesarias para hacer saltar las formas económicas y políticas que nos oprimían... El zapatismo fue una vuelta a la más antigua y permanente de nuestras tradiciones... Contrasta esta voluntad de integración y regreso a las fuentes con la actitud de los intelectuales de la época que no solamente se mostraron incapaces de adivinar el sentido del movimiento revolucionario, sino que seguían especulando con ideas que no tenían más función que la de máscaras".[85]

En esta perspectiva, la revolución mexicana aparece como un movimiento más complejo y trascendente que los móviles socio-económicos con que se le suele jibarizar. Para Octavio Paz, la revolución abre un espacio esencial para alumbrar el ser y la identidad del pueblo mexicano: "Gracias a la revolución el mexicano quiere reconciliarse con su historia y con su origen... De ahí que nuestro movimiento tenga un carácter al mismo tiempo desesperado y redentor... La desesperación, el rehusarse a ser salvado por un proyecto ajeno a su historia, es un movimiento del ser que se desprende de todo consuelo y se adentra en su propia intimidad: está solo y en ese mismo instante esa soledad se resuelve en tentativa de comunión. Nuevamente, desesperación y soledad, redención y comunicación son términos equivalentes".[86]

Una vez más la "lectura" de Paz es una lectura que ilumina la realidad en su contingencia y en su trascendencia, en donde la Historia es la puerta que se abre para pasar a la Intrahistoria, la que a su vez se revela tan rica y compleja que abre el paso a una instancia más profunda: la Transhistoria. El código en esta zona ingresa palabras de otro reino tales como redención y comunión. El sustrato último del acontecer es lo sagrado.

A modo de precaria síntesis, podríamos apuntar algunas reflexiones acerca del extenso, inabordable tema de la identidad en el pensador mexicano.

Octavio Paz habla del hombre latinoamericano como de alguien que se ha perdido de vista, que se siente lejano, en una lejanía infinita de la que le es imposible rescatarse.

En otra parte nos presenta a dos tipos humanos: Don Nadie, español, y Ninguno, hispanoamericano. Se nos asocia, en este contexto, esta situación de pérdida o lejanía del ser, como la consecuencia de una operación de ninguneo, proliferada sobre indios y mestizos durante 500 años.

Oigamos como se dice esto desde el discurso de nuestro Premio Nobel: "El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos también de sí mismo".[87]

"El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno. La nada de pronto se individualiza, se hace cuerpo y ojos, se hace Ninguno... Don Nadie es funcionario o influyente y tiene una agresiva y engreída manera de no ser. Ninguno es silencioso y tímido, resignado. Es sensible e inteligente.

Sonríe siempre. Espera siempre".[88]

Por la vía de la metonimia, Octavio Paz extrae del cuerpo social indicios, síntomas, signos del ser-no ser hispanoamericano. Nadie como él ha escarmenado esta realidad inasible que es la "otredad" americana, tan diferente como indefinible. El problema nuestro es, precisamente, sentir-comprender que nuestra definición está, entrañada y extrañada a la vez, en la matriz de una otredad sentida como radical ambigüedad.

Esto determina esta experiencia de ausencia, de extrañamiento, de carencia de referentes en el mundo externo y en nuestro interior. Esto a nivel exterior se traduce en la sensación de estar al margen de la historia. Sentir que la historia nos pasa de largo, pasa en Europa, es Europa; y América por el hecho de no ser Europa, está condenada a sufrir un doble castigo, una doble expulsión del paraíso terrenal: el extrañamiento de Europa. Se trata de una marginación más que histórica, mítica, transhistórica.

Esta marginalidad nos segrega de la experiencia de humanidad. Para eso tendríamos que ser europeos y sabemos que no lo somos. Nos gustaría poder olvidarnos de lo que somos y acceder a la otra condición, pero hay un complejo de inferioridad que nos delata, nos denuncia nuestra condición mestiza, esto es, overa, manchada.

Así, nos sentimos distintos, y distantes de lo que somos. Mejor dicho, sentimos que no somos y esto con sentimientos contradictorios. Hay una rebeldía que surge del fondo del ser nuestro que, cuando se libera, se experimenta plenamente humano. Eso acontece cuando el hombre y la comunidad se mira hacia adentro y se encuentra con sus valores. También hay resignación, cuando mira hacia los otros y registra y acusa los gestos del ninguneo. Entonces se acompleja, se "acoquina" en un más acá, que es un menos ca. Se menoscaba. O busca una salida: el arribismo, por el cual discierne, para su perdición, que la vía para ser, es negar su ser, su identidad. El arribista entiende que la afirmación de su ser pasa por la condición de negar su ser de origen.

Esto conduce a pensar que la experiencia del ser hispanoamericano es la experiencia de ser en la línea de una frontera que nunca se termina de pasar, se dilata en el espacio y en el tiempo. Jamás se llega al otro lado, al otro reino, al otro Estado. Lo precario, lo provisorio no es que se haya hecho definitivo pero sí crónico: hambre crónica de ser, experiencia crónica de ausencia de entorno gratificante que ayude a ser en signo más.

Pareciera que así como experiencias de infancia faltas de afecto dejan un forado imposible de llenar en el futuro, así el ser latinoamericano, huérfano del padre español, no reconocido como hijo, nace marcado por una insuficiencia ontológica para ser sujeto de experiencias libres, plenificadas que lo erijan en protagonista de su humanidad. Ejemplos: el sueño, el olvido, símbolos recurrentes en la literatura y las artes populares hispanoamericanas.

El ninguneo de la Conquista, de la Colonia, por parte del español; de la República decimonónica, por parte de franceses e ingleses; del siglo XX, por parte de yanquis o rusos, todas estas expresiones de despego y menoscabo, han generado unas heridas que han sido reabiertas periódica, sistemáticamente. No ha habido tiempo para la restauración de las cicatrices. Hay sólo el tiempo de dolor y la ira por algo que se siente hondamente injusto.

El hispanoamericano, como consecuencia de esto, es inseguro. Más que eso, es incierto. "Su lenguaje, dice Paz, está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones súbitos, amenazas indescriptibles".

Este horizonte de inseguridad introyectada, que es proyectada como incertidumbre radical y de la cual la vida y el arte latinoamericano es un arsenal infinito, debe tener algún punto de apego, una especie de régimen umbilical que conecte con la vida desde una plataforma de seguridad. En efecto, el latinoamericano salva su experiencia de humanidad gracias a su vinculación existencial con lo sagrado. Este se le revela como "un mundo suficiente, cerrado al exterior pero abierto a lo ultraterreno".[89]

En el ámbito latinoamericano, la religiosidad ha sido una experiencia consolidadora de humanidad. Frente a una contingencia adversa en lo familiar, social, nacional, internacional (orfandad, discriminación étnica, social, tercer mundismo), el pueblo hispanoamericano rescata su condición de ser, a partir de su experiencia con Lo Otro: lo sagrado. Octavio Paz precisa esto en los siguientes términos: "pertenecer a la fe católica (en la Conquista) significaba encontrar un sitio en el Cosmos. La huida de los dioses y la muerte de los jefes habían dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para un hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Le vuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte".[90]

Una parte importante de la diferencia entre el europeo y el hispanoamericano es esta experiencia con lo sagrado. La modernidad ha ido erradicando lo sagrado del mundo. En América lo sagrado es una experiencia capital. Esta es la diferencia esencial entre ambos mundos. Diferencia no sólo económica, de distancia entre ingresos per cápita por el deterioro de los términos de intercambio, sino porque la sustancia que alimenta la experiencia de humanidad en ambos mundos es cada día más diversa.

A pesar de los avatares de la historia, de los diversos imperialismos que han irrumpido, sobre todo en los últimos tiempos, con ímpetu avasallador, hay un trasfondo de identidad en nuestro continente que es sustentado por una realidad trascendente.

"Nada ha trastornado la relación filial del pueblo con lo sagrado, fuerza constante que da permanencia a nuestra nación y hondura a la vida afectiva de

los desposeídos".[91]

En la base de la identidad hay que considerar esta relación con lo sagrado. Una realidad que tiene como eje importante lo religioso femenino. La ausencia afectiva, y efectiva del padre es suplida por la presencia de la madre. Madre terrena que tiene su correlato en la Madre Celeste, conjunción de la Virgen Madre cristiana con las diosas indígenas de la maternidad y fecundidad. Lo sagrado sustenta umbilicalmente a la humanidad hispanoamericana y la alimenta desde la experiencia de amor, cuidado, protección que tiene gesto de mujer. Octavio Paz detecta este sistema y lo desarrolla en sus ensayos. Con esto, ha señalado un área importantísima para la reflexión acerca de la identidad mestiza. Por esta vía llega a la permanente búsqueda del origen, que marca la historia hispanoamericana, donde el aporte de Paz es determinante para su comprensión.

A nuestro parecer, una de las causas de la fertilidad de la cultura latinoamericana, de su fuerza, de su esperanza, de su ilusión de futuro, de su entusiasmo y optimismo aún adolescentes radica en esta vinculación con lo trascendente. Se trata de una opción por lo ritual que redimensiona lo pragmático, asignándole un lugar relativo. Más allá del tener, valora el ser en experiencias como la fiesta sagrada. A través de ellas, el pueblo americano siente que reivindica su condición real de espíritu encarnado. América aún es eso: experiencia de ser encarnado, encantado. El día en que América entera asuma esta experiencia en radicalidad, va a dar un paso decisivo hacia su identidad y autonomía.

NOTAS

1 Buber, Martin, *¿Qué es el hombre?*, F.C.E., México, 1973, pág. 106.
2 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, pág. 155.
3 Paz, Octavio, Ibídem, p. 121.
4 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, F.C.E., México, 1979, pág. 261.
5 Octavio, Paz, Ibídem, p. 90 - 91.
6 Paz, Octavio, Ibídem, p. 109.
7 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 109 - 112.
8 Paz, Octavio, Ibídem, p. 68.
9 Paz, Octavio, Ibídem, p. 15.
10 Paz, Octavio, Ibídem, p. 47.
11 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 108 - 109.
12 Paz, Octavio, Ibídem, p. 109.
13 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 103 - 104.
14 Paz, Octavio, Ibídem, p. 52.
15 Paz, Octavio, Ibídem, p. 52.

16 Paz, Octavio, Ibídem, p. 53.
17 Paz, Octavio, Ibídem, p. 61.
18 Paz, Octavio, Ibídem, p. 295.
19 Paz, Octavio, Ibídem, p. 29.
20 Paz, Octavio, Ibídem, p. 172.
21 Paz, Octavio, *Posdata*, Siglo XXI, México, 1980, p. 114.
22 Paz, Octavio, Ibídem, p. 116.
23 Paz, Octavio, Ibídem, p. 116.
24 Paz, Octavio, Ibídem, p. 12.
25 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, p. 10.
26 Paz, Octavio, Ibídem, p. 10.
27 Paz, Octavio, *Posdata*, Siglo XXI, 1980, p. 116.
28 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, p. 11.
29 Paz, Octavio, Ibídem, p. 16.
30 Paz, Octavio, Ibídem, p. 14.
31 Paz, Octavio, Ibídem, p. 18.
32 Paz, Octavio, Ibídem, p. 19.
33 Paz, Octavio, Ibídem, p. 25.
34 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, F.C.E., México, 1979, p. 176.
35 Paz, Octavio, Ibídem, p. 284.
36 Paz, Octavio, Ibídem, p. 284.
37 Paz, Octavio, Ibídem, p. 225.
38 Paz, Octavio, Ibídem, p. 189.
39 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, p. 70.
40 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, F.C.E., México, 1979, p. 179.
41 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, p. 12.
42 Paz, Octavio, Ibídem, p. 144.
43 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, F.C.E., México, 1979, p. 145.
44 Paz, Octavio, Ibídem, p. 144.
45 Paz, Octavio, Ibídem, p. 146.
46 Paz, Octavio, Ibídem, p. 62.
47 Paz, Octavio, Ibídem, p. 63.
48 Paz, Octavio, Ibídem, p. 66.
49 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, F.C.E., México, 1989, p. 188.
50 Paz, Octavio, Ibídem, p. 189.
51 Paz, Octavio, Ibídem, p. 189.
52 Paz, Octavio, Ibídem, p. 191.
53 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, F.C.E., México, 1979, p. 134.
54 Paz, Octavio, Ibídem, p. 136.
55 Paz, Octavio, Ibídem, p. 176.
56 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 176.
57 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 125.
58 Paz, Octavio, Ibídem, p. 180.

59 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 156.
60 Paz, Octavio, Ibídem, p. 173.
61 Paz, Octavio, Ibídem, p. 173.
62 Paz, Octavio, Ibídem, p. 244.
63 Paz, Octavio, Ibídem, p. 136.
64 Paz, Octavio, Ibídem, p. 156.
65 Paz, Octavio, Ibídem, p. 234.
66 Paz, Octavio, Ibídem, p. 24.
67 Paz, Octavio, Ibídem, p. 25.
68 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 177.
69 Paz, Octavio, Ibídem, p. 182.
70 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 221.
71 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 223 - 224.
72 Paz, Octavio, Ibídem, p. 36.
73 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 184.
74 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 221 - 222.
75 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 181.
76 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 268.
77 Paz, Octavio, Ibídem, p. 231.
78 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, p. 66.
79 Paz, Octavio, Ibídem, p. 61.
80 Paz, Octavio, Ibídem, p. 95.
81 Paz, Octavio, Ibídem, p. 72.
82 Paz, Octavio, Ibídem, p. 73.
83 Paz, Octavio, Ibídem, p. 72.
84 Paz, Octavio, Ibídem, p. 75.
85 Paz, Octavio, Ibídem, p. 75.
86 Paz, Octavio, Ibídem, p. 77.
87 Paz, Octavio, Ibídem, p. 79.
88 Paz, Octavio, Ibídem, p. 93.
89 Paz, Octavio, Ibídem, p. 91.
90 Paz, Octavio, Ibídem, p. 93.
91 Paz, Octavio, Ibídem, p. 89.
92 Paz, Octavio, Ibídem, p. 96.
93 Paz, Octavio, Ibídem, p. 149.
94 Paz, Octavio, Ibídem, p. 149.
95 Paz, Octavio, Ibídem, p. 150.
96 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 151, 173, 174.
97 Paz, Octavio, Ibídem, p. 110.
98 Paz, Octavio, Ibídem, pp. 111 - 112.
99 Paz, Octavio, Ibídem, p. 130.
100 Paz, Octavio, Ibídem, p. 133.
101 Paz, Octavio, Ibídem, p. 26.

102 Paz, Octavio, Ibídem, p. 40.
103 Paz, Octavio, Ibídem, p. 26.
104 Paz, Octavio, Ibídem, p. 91.
105 Paz, Octavio, Ibídem, p. 92.
106 Paz, Octavio, Ibídem, p. 98.